

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XX

San José, Costa Rica 1930 Sábado 15 de Febrero

Núm. 7

Año XI. No. 479

SUMARIO

La ética de Lamarck.....	J. Alfredo Ferreira	Estados Unidos juega a la paz en Europa y hace la guerra en la América Latina.....	
Galdós (4).....	César E. Arroyo	Salve mujer.....	Niebla d'Argent
No hay espíritu sin cuerpo, ni ideal sin doctrina, ni política sin programa.....	José Pijoán	A propósito de elecciones populares.....	Juan del Camino
Soy hispanoamericano!.....	Julieta Puente	Cinco poetas brasileiros de vanguardia.....	Alberto Guillén
No confundamos.....	Pedro Henríquez Ureña	Lo que en el ayer decoroso, decía Dominici del tirano Gómez.....	Rómulo Betancourt
La vida de Lord Byron.....	Armando Solano	Un haz de naciones americanas.....	José M.ª Salaverría
A la muerte de Andrenio.....	Enrique Díez Canedo	Tablero (1930).....	
El error del Dr. Marañón.....	Joaquín Edwards Bello	Otoño.....	Fernando A. Quirós

SE cumple en este mes el centenario de la muerte de Lamarck, si es que Lamarck pudo morir alguna vez.

Guerrero de corazón francés en su primera mocedad, transformó su heroísmo en esfuerzo ciclópeo para arrebatarse a la naturaleza uno de sus secretos primordiales.

En el curso de sus 85 años observó, experimentó, indujo leyes capitales, escribió innumerables memorias y dejó un libro inmortal con la *Filosofía Zoológica*. Fue uno de esos contados hombres en que la fuerza de observación igualó a la fuerza del pensamiento.

Explicó las leyes de la creación natural, y no sobrenatural, de vegetales, de animales, del hombre. Estableció la cadena de la vida orgánica e hizo posible la concepción, verificada ahora, de que no hay solución de continuidad entre lo inorgánico y lo orgánico en la evolución universal.

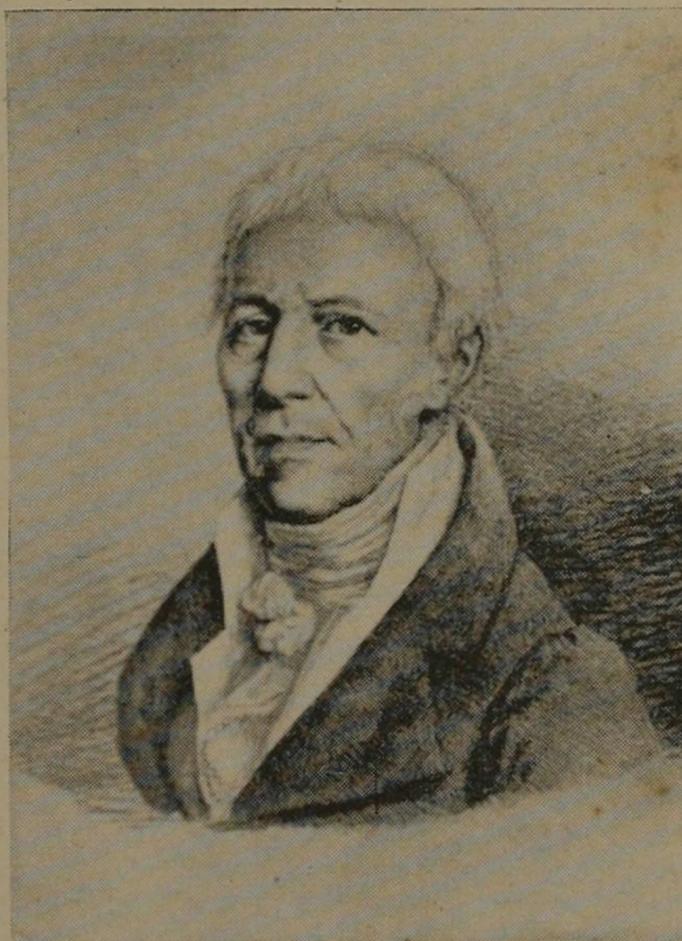
Su plaza es inmensa entre los genios de todos los tiempos, porque es uno de los que más luces ha arrojado sobre el destino, a la vez humilde y sublime, del hombre sobre la tierra.

Se llama con razón el autor del transformismo, porque si la idea de evolución, al menos individual, viene de antiguo, él rindió el inapreciable servicio de establecer que toda modificación en el mundo orgánico como en el inorgánico, es el resultado de una ley y no de una intervención milagrosa. Positivó el concepto de la creación orgánica, como Laplace el de la creación cósmica, como Lavoisier el de los fenómenos químicos, como Bichat el de los fenómenos biológicos, como Comte el de los hechos sociales y morales.

Como se sabe, la idea característica de Lamarck es la influencia del medio, la clase de vida que él determina y la herencia de los caracteres adquiridos. «Entre los animales, como entre las plantas, dijo, a medida que las circunstancias de habitación, exposición, clima, alimento, manera de vivir, etc., se modifican, cambian los caracteres de talla, forma, proporción, color, consistencia, agilidad, industria. Grandes cambios de circunstancias acarrear grandes modificaciones y las mutaciones en las necesidades repercuten en las acciones. Si las necesidades son permanentes, los seres adquieren nuevas costumbres más o menos duraderas, según la constancia de los factores. Resultará de eso el empleo de ciertos órganos con preferencia a otros, y, en ciertos casos, el no uso de algunos que, por

La ética de Lamarck

=De *La Nación*. 15-XII-29. Buenos Aires.=



Juan Bautista Lamarck
(1744 - 1829)

Litografía de Boilly

inacción se atrofian. Esto ocasiona, a su vez, transformaciones en la organización de los seres». Para basar sus asertos acumuló un sinnúmero de ejemplos referentes a los ojos y a la visión, la longitud del cuerpo, los pies y manos, el estómago, los intestinos, etc.

Sintetizó todo en dos leyes fundamentales:

1) En todo animal que no ha sobrepasado el límite de su desarrollo, el uso frecuente y sostenido fortifica un órgano, mientras que la falta de ejercicio lo debilita y aun lo rudimenta.

2) Todo lo que la naturaleza ha hecho adquirir o perder a los individuos desde largo tiempo, por influjo de las circunstancias, lo conserva por generación en los individuos que nacen.

Las investigaciones, según Inés Delage, que se multiplican ahora en zoología experimental; los trabajos de bioquímica realizados por Roux y otros; la partenogénesis y tetogéne-

sis experimentales; las múltiples indagaciones acerca de la temperatura, de la luz, de la humedad, sobre los organismos, están influidos por el espíritu lamarekiano. Él buscó la explicación mecánica de los fenómenos de la vida, analizando los procesos de reacción que experimenta el organismo por influencias internas y externas.

Darwin, al confirmar la doctrina de Lamarck, lo puso en mayor luz. Aunque medio siglo después, el penetrante práctico y teórico inglés no aparece más amplio que su profundo antecesor.

Darwin sostuvo como factor esencial del transformismo la selección natural alcanzada en la lucha por la existencia. Lamarck había aceptado ese hecho general y lo enunció; pero sin degradar otras influencias, como el ambiente total, el ejercicio constante y repetido, el no uso prolongado, la herencia general y la herencia de caracteres adquiridos, el cruzamiento, la desaparición de una especie en un medio hostil o por especies rivales. La supervivencia de los más fuertes o de los más aptos se efectuaría en los dos últimos casos. Por lo demás, el eje darwiniano de la selección natural llevada a la profundidad de los tejidos, conduce a una conclusión lamarekiana, afirma Le Dantec, el armonizador de los dos genios representativos del transformismo, que se completan.

La enumeración de otros factores anotados por el norteamericano Packard es sólo un desenvolvimiento analítico del pensamiento maestro: el aislamiento geográfico o la segregación, los efectos del peso, de las corrientes de aire o de agua, la vida sedentaria o nómada, los resultados de tensión y contacto, el cambio de función como causa de nuevas estructuras, los efectos del parasitismo, del comensalismo y de la simbiosis; en una palabra, el medio biológico, así como la selección natural y sexual, y la condición del híbrido.

La proposición de Lamarck de que la función crea el órgano, actualizada y repetida por la filosofía energética, es la base del cúmulo de pruebas e ilustraciones fisiológicas exhibidas por Cope, el penetrante investigador norteamericano.

Valiéndose de este su postulado, el mismo Lamarck dió un sentido original al principio aristotélico de que el hábito es una segunda naturaleza. El hábito, había observado Bichat, muchos siglos después que el griego, elimina o disminuye la sensibilidad, aumenta la acti-

vidad y crea necesidades. Lamarck dió órgano a ese fenómeno, adelantando que la repetición de un acto modifica o crea centros cerebrales. De modo que para él, el hábito era más que una segunda naturaleza: una integración orgánica.

La nomenclatura de especies, clases, órdenes, familias, géneros, son artificios lógicos más que realidades, según Lamarck; recurso de los investigadores, para rastrear, comparar, reconocer. La ciencia va penetrando en lo desconocido por esquemas y separaciones. Pero no olvida que la naturaleza es una continuidad, una convergencia coordinada. Al constituir cada ciencia, se procede por análisis, a fin de obtener comprobaciones particulares; pero hay que elevarse de tanto en tanto sobre lo especial, para sorprender las relaciones, la sucesión, el enlace. El método objetivo lleva a lo particular; el subjetivo, a la generalidad y a lo correlativo. El uno es más propio del sabio, el otro del filósofo de la ciencia. Ambos se complementan.

Desde luego, afirma enfáticamente Lamarck, no es verdad que las especies sean invariables, ni tan antiguas. No han existido siempre, se han formado sucesivamente y tienen una constancia relativa.

La evidencia de que el hombre desciende de formas zoológicas anteriores es una consecuencia de que «no hay especies fijas», de que «unas especies descienden modificadas de otras». Lamarck aceptó respecto a la aparición del hombre, las consecuencias de su doctrina. La diferencia entre el hombre y los otros mamíferos está principalmente, según él, en el hueco occipital, la posición vertical, la movilidad de los dedos, etc. Pero estas diferencias pueden explicarse por una larga adaptación. «Si se considera que todo lo que acabo de citar—escribía en 1802—significa sólo diferencias de estados orgánicos, es permitido pensar que la actual organización del hombre se haya formado poco a poco, a través de mucho tiempo y con auxilio de circunstancias favorables. ¡Qué tema de trabajos y meditación para los que tengan el coraje de dilucidarlo!» Darwin lo realizó en 1871. En 1812, Lamarck volvió sobre el asunto. Admitió netamente que la especie humana es una raza perfeccionada de cuadrumanos. Creyó que el orangután de Angola es el más vecino del hombre. Darwin, sus sucesores, y el progreso continuo de la paleontología, la antropología y arqueología, van aclarando cada vez más el problema dentro del cauce Lamarckiano.

El genio vasto de Lamarck no se redujo a su memorable inducción en el mundo orgánico. Exploró también, aunque de paso, el mundo cósmico, el social y el moral.

En sociología, se opuso a Rousseau: la sociedad era para él un hecho natural, no convencional. Los fenómenos sociales tienen su ley, como el organismo individual. Los hombres han debido agruparse como tantas especies gregarias de la escala zoológica, para auxiliarse y defenderse. De ahí nació la familia, el gobierno, la propiedad, la ley. Supuso la diversa situación de los hombres en tribus, clanes, etc.; el dominio de los más inteligentes, enérgicos y astutos; la debilidad de los viciosos, la fortaleza de los que vivían en parajes sanos entregados a trabajos naturales. La diversidad en la unidad; la movilidad, lo multiforme de la sociedad humana, aun rudimentaria, entran en su «Sistema ana-

lítico de los conocimientos positivos del hombre».

El concepto ético de Lamarck no sólo no ha envejecido sino que está triunfando y aun triunfante. Lo físico y lo moral tienen para él un origen común. Era la teoría de Cabanis que él aceptó. Lo físico y lo moral se confunden en su fuente. Lo moral es lo físico considerado de cierto punto de vista. El hombre moral es sólo una parte del hombre físico y, si se quiere, otra faz. El conjunto de las operaciones llamadas morales resulta directamente del conjunto del sistema vivo. Tanto las manifestaciones afectivas, como las del juicio y las del querer tienen su asiento en estructuras más o menos permanentes y en estados más o menos variables del organismo. Basta para inferir esto considerar los progresos de la organización anatómica, fisiológica y psíquica desde los animales más imperfectos, hasta los seres de considerable complejidad como el hombre. Cada actividad intelectual y moral corresponde a esos progresos.

La unidad fisiológica y psicológica del hombre quedaba consolidada por Lamarck. Las sensaciones, los sentimientos, las ideas, el juicio, la fantasía, los actos más admirables del pensamiento y de la conducta eran manifestaciones sucesivas o simultáneas del organismo, principalmente del sistema nervioso, estimulado y regulado por el ambiente exterior.

Por eso, en psicofisiología aceptó la inducción de Gall, cuya memoria a la Academia de Ciencias de París, informó favorablemente: el cerebro es el órgano del alma. Desde entonces el alma pudo definirse como el conjunto de funciones cerebrales.

Lamarck afirmó el determinismo, es decir que los procesos mentales y morales están regidos por leyes internas y externas. Son reacciones conscientes, subconscientes y aun inconscientes. El acto moral varía según cada individuo, por los elementos diversos que lo integran; en el fondo, por su diversa estructura cerebral. Entre esos elementos que conforman el sentimiento y el juicio para producir un acto, algunos son extraños al individuo: los ambientes en que se mueve; otros, inadvertidos y rechazados por prevenciones, o alterados por el temperamento, la edad, salud, sexo, hábitos, saber, ignorancia, raza, nacionalidad: al punto que el mismo asunto provoca

juicios muy diferentes, por el diverso modo de sentir, de ver, de obrar. Se ha interpretado esta diversidad de opiniones y acciones por libertad, cuando sólo es la reacción natural de cada idiosincracia. Cada acto moral o inmoral «es el cociente de una operación aritmética».

Desde luego la conciencia, el sentido moral, no es una entidad metafísica inmóvil: es un proceso que viene de lejos. Spencer, citado a menudo por Darwin, ha razonado esta idea lamarckiana. Las experiencias de la utilidad social, organizadas y consolidadas a través de generaciones milenarias, han venido produciendo sus correspondientes modificaciones que, por transmisión y acumulación continuadas, han creado la intuición moral, emociones correspondientes a los actos generosos, las que no tienen base alguna aparente en los estímulos del placer, del interés, de la utilidad.

El bien, la virtud son, pues, humildes y relativos como productos humanos en una larga y algunas veces grosera brega. Son el resultado de la relación del hombre con su medio físico que engendra cualidades y defectos; con su medio social más o menos favorable, según la época en que se nace; con el trato diario de superiores, iguales, inferiores, amigos y enemigos; con alentadores y émulos, con los vivos y con los muertos. Esta convivencia secular ha debilitado mucho los instintos personales y socializado al hombre, adaptándolo a la convivencia, en más o en menos. Así se han desarrollado sus sentimientos benévolos, su prudencia, su habilidad, su firmeza, su heroísmo, su gratitud, su veneración. Al mismo tiempo que se ensancha su inteligencia, se expanden sus sentimientos. La masa humana marcha lentamente, pero marcha.

La vieja doctrina del libre albedrío es hija del concepto dual, de la existencia del alma separada del cuerpo, procediendo autónomamente y destinada a un premio o castigo eterno. Acentuaba la responsabilidad personal, odiaba el defecto y a la persona que lo llevaba. Era intransigente. Creó un infierno eterno para faltas transitorias e involuntarias.

El determinismo, en cambio, disminuye la responsabilidad personal, pero aumenta la responsabilidad social hacia el débil, el incapaz, el enfermo, el ignorante, el loco, el delincuente, el desocupado. Estimula las vocaciones morales. Induce la ley de los procesos psíquicos y,

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

AGENTES Y REPRESENTANTES DE CASAS EXTRANJERAS

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Montley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

por consecuencia, prevé y educa. Es explicativo, tolerante, compasivo. Ha suprimido el infierno.

Lamarck, que aceptó los hechos y los seres actuales, tales como son, productos de herencias y adaptaciones milenarias, modificables a largo término, no ha pretendido cambiarlos con preceptos morales; pero, comprendiendo que los consejos tienen su influencia y muy notoria en complexiones afines, creyó que algo valían los principios éticos a que había subordinado su perseverancia.

«Se puede decir, advierte, que cada uno de nosotros tiene una parte muy mediana en el estado a que llegamos en el curso de nuestra existencia, y que debemos nuestros gustos, inclinaciones, hábitos, pasiones, aptitudes, preferencias, instrucción, vocación para crear o juzgar, a herencias y a circunstancias externas. Adquirimos insensiblemente así un modo de ser, según el cual reaccionamos, al parecer libremente en el hacer, en la afectividad, en las ideas».

He aquí un hombre que no luce su genio como un mérito personal.

Valgan por lo que valieren, pues él ofrece como una contribución de su experiencia moral tres principios éticos que practicó con buen resultado. El primero, para orientar el pensamiento, para distinguir el prejuicio del juicio. El segundo, para dirigir la conducta conforme a sus intereses que pueden no ser egoístas. El tercero, para caracterizar últimamente las afecciones, equilibrando el altruismo con el provecho personal.

1) «Todo conocimiento que no tenga por base la observación y experiencia, o no sea una consecuencia deducida de ellas, es ilusorio y sin solidez». Este es un principio cartesiano; pero la observación a que se refiere Lamarck no es siempre individual, sino producto del trabajo colectivo.

2) «En las relaciones de los individuos, de las sociedades, de las naciones y de los gobiernos, la *concordancia* de los intereses recíprocos es el principio del bien, y la *discordancia* es el principio del mal». Nuestro autor concibe el bien y el mal Einsteniano, como hechos relativos, como equilibrio de egoísmo y altruismos que se suceden en una progresión de justicia.

3) «La afección del hombre hacia su familia y amigos, no debe oponerse al bienestar social». Cada vez se conciertan mejor, por ajustes y reajustes periódicos, los afectos individuales con los intereses e ideales colectivos. La moral revelada fué absoluta; la moral demostrada al fijar como soberano bien el deber de conocer, amar y servir a la sociedad, se convirtió en relativa, como lo es la misma sociedad que al perfeccionarse por el esfuerzo de todos, devuelve al hombre multiplicados los servicios.

Estos tres puntos de cuya importancia ética Lamarck estaba poseído, regulan el pensamiento, la acción, los sentimientos. Abrazan a los hombres y a las sociedades. Y es lo cierto que en la lucha y en el concurso de intereses e ideales, los hombres y las colectividades los practican voluntaria o involuntariamente, bajo pena de rectificación por la fuerza y por las inevitables consecuencias, algunas veces trágicas, de sus errores.

El amor propio, cuya existencia fuerte y justificada, cuando es fiscalizado por un sentido moral desenvuelto y por un pensamiento razonable, produce tres virtudes, según Lamarck:

1) La energía para afrontar una larga tarea, útil para uno mismo y para los otros.

2) El coraje del que, advirtiendo el peligro, no retrocede por cumplir con un deber social.

3) El amor a la sabiduría, placer sereno y permanente.

Este amor del sabio y del pensador conduce a la busca de conocimientos renovados que ratifiquen o rectifiquen nuestros juicios; a huir de los extremos; a la moderación y a una sabia temperancia; a dominar los afectos, de modo que la razón esté presente cuando la vida goce de la vida, según la recomendación de Goethe; a la indulgencia, la tolerancia, la compasión y la bondad; al amor del bien público; al desdén por la molición, a una especie de dureza con uno mismo, a fin de substraernos a necesidades ficticias que esclavizan; a una resignación no estéril ante las fatalidades de la vida: dolores, reveses, injusticias; al respeto por el orden y las instituciones, y hacia las autoridades que saben respetar las leyes y la moral.

Lamarck quedó ciego en los últimos años de su vida, por haber mirado con demasiada

intensidad el interior de la naturaleza; tal como Beethoven, sordo, por haber escuchado el ritmo universal, y revelándolo a los humanos. Desde los tiempos de Prometeo, se paga cara la inspiración heroica.

Su doctrina transformista fué impopular; aunque Goethe y Geoffroy Saint-Hilaire la defendieron. En cambio, la teoría creacionista seguía brillando, escudada por dogmas que todavía no habían muerto.

El cetro de la ciencia oficial estaba en manos más superficiales que las suyas; pero por eso mismo, más aceptado por la multitud. Han debido pasar cinco generaciones para que la luminosa inducción desplegara toda su grandeza.

Octogenario, ciego, pobre, sin influencia social ni aun científica, menospreciado por déspotas ensimismados, pasó apagadamente por esta tierra que arrastra en el espacio nuestras puerilidades, predicando la serenidad, la tolerancia, el amor, después de habernos legado uno de los cinco o seis conceptos de que se ufana la humanidad, con cuyas combinaciones y consecuencias planteamos y resolvemos a diario nuestros problemas.

J. Alfredo Ferreira

Galdós

4.—Véanse las entregas 3, 4 y 5 del tomo en curso.

La apoteosis.—Fué radiante aquel sol de domingo de febrero de 1919.

Bajo las frondas amables del Buen Retiro, entre la elegancia estilizada de un eucalipto y la gracia primaveral de un almendro blanco, sereno y armonioso como himno en mármol, semicubierto por una gran bandera española, se alzaba el monumento que iba a ser inaugurado. Una multitud imponente le rodeaba.

De pronto se oyó un rumor como de olas que venía del lado del Paseo de Coches, que debería llamarse Paseo de Pérez Galdós, si fuera el Ayuntamiento de Madrid más amante del culto a los grandes hombres. En este paseo, frente al sendero que conduce al monumento, se paró el coche de gala del Municipio, bajando de él un anciano que fué recibido casi en brazos por los señores de la Comisión Ejecutiva y por muchísimos concurrentes que se agitaban y apretujaban ansiando estrecharle, besarle la mano o siquiera contemplarle de cerca. La marcha del anciano entre la multitud fué lenta y premioso, tardando algún tiempo en salvar la corta distancia que media entre el Paseo y el lugar en que está emplazado el monumento. Por fin llegó a éste, y al ocupar don Benito Pérez Galdós el sitio que se le había preparado frente a su propia estatua, un *viva Galdós!* salió de todos los pechos llenando el espacio con el clamor de una ovación.

A los compases de la marcha real, el Alcalde, en nombre y representación del pueblo de Madrid, recorrió el velo que cubría el monumento.

Ya estaban el hombre de piedra y el hombre de espíritu y materia frente a frente. Se pronunciaron discursos como en todas las solemnidades de esta clase. Pero lo grandioso, lo verdaderamente único de aquel instante inmenso fué el diálogo sublime que sin duda se entabló entre esos dos hombres.

El de piedra—acierto rotundo que consagró a Victorio Macho—está sentado en un gran

sillón que, sostenido por dos leones se alza sobre un sencillo basamento rectangular de dos cuerpos, en uno de los cuales se leen estas palabras: *Galdós. Episodios Nacionales. Novelas Españolas Contemporáneas. Teatro*. La cabeza, en la que el parecido era lo de menos, sorprendía. Era noble y plena de vida. Esa frente pensaba y era la misma de la cual brotó la epopeya novelesca de toda una raza; aquellos ojos que escrutaban en lo arcano eran los mismos que se semi-cegaron después de haber visto más allá de la vida; aquellos labios plegados en un rictus eran los mismos que bebieron amarguras y destilaron piedades: las manos que se trenzaban sobre las rodillas eran las manos que habían obedecido a un genio creador. Sobre las piernas, para evitar detalles prosaicos y angulosidades que hubieran acaso comprometido el conjunto destruyendo la serena euritmia de sus líneas, el escultor ha echado una clámide, resolviendo así inteligentísimamente muchos problemas de técnica. La estatua tenía vida y parecía animada por un secreto espíritu que se difundía a través de la piedra inerte.

El maestro estaba, como decimos, sentado ante su propia estatua. Estaba abstraído, como en éxtasis, los pobres ojos enfermos velados de lágrimas de emoción. Seguía el coloquio entre los dos hombres; coloquio profundo y formidable que ningún psicólogo fuera capaz de traducir, desentrañando la esotérica grandeza de su significado.

Al Galdós viviente y al Galdós de piedra rodeaba una multitud heterogénea en la que nuestra imaginación creía distinguir a los héroes de la epopeya galdosiana. Allí, en los antiguos y señoriales jardines del Buen Retiro, en el acto de glorificar a su creador y rodeando su estatua, estaban sin duda fantasmales, los sublimes marinos de Trafalgar y los héroes populares de Madrid, de Zaragoza y de Gerona, los Constituyentes de Cádiz, las Falanges triunfadoras de Bailén y los Arapiles, los aduladores cortesanos de Carlos IV. y

los Cien Mil hijos de San Luis, Gabriel Araceli y Juan Martín el Empecinado, Gloria y Doña Perfecta, la Duquesa Amaranta, la triste Marianela mostrando su carita llorosa entre las ramas de un laurel, la familia de León Roch y Fortunata y Jacinta, el Doctor Centeno y el amigo Manso. Torquemada, la de Bringas, Angel Guerra y Leré, el tío Pito e Ido del Sagrario, Orozco, José María Cruz y Victoria, *la loca de la casa*, Nazarín, Halma, el León de Albrit, Pedro Minio, Casandra, la Marquesa de San Quintín, Electra y Mariucha, Bárbara, Paulina, Celia, Sor Simona, Santa Juana de Castilla... Es una multitud abigarrada, los arquetipos de toda una raza, los que se agrupan en torno a su creador agitando palmas y ramos de laurel. En tanto, el Maestro se había transfigurado en la apoteosis de un moderno Tabor: de su frente irradiaban resplandores como los de la frente del divino Dante; su vulgar gabán era manto patricio en el que se arrebujaba en actitud estatuaría para recibir el homenaje definitivo de los hijos de su genio. El cuadro era mágico; la escena única, sobrehumana, desenvolviéndose en un luminoso ambiente de idealidad.

Esto es lo que vió nuestro espíritu soñador y propicio a todas las exaltaciones. Pero la realidad fué otra y como realidad, también fué bella.

Una vez descubierta la estatua, Serafín Alvares Quintero subió los escalones del pedestal y, con esa su voz cálida y gentil prestancia, pronunció un bellissimo discurso que, como quinteriano, fué brillante, inspirado, efusivo, exento del terrible lugar común.

El Alcalde dijo que Madrid recibía y conservaría el monumento a Galdós como una reliquia sagrada y que, en nombre del pueblo besaba la mano del Maestro. Luego ya no pudo hablar nadie. Las aclamaciones, los vítores y las ovaciones eran imponentes. El extenso parque no era sino un clamor enorme.

Se firmó el acta inaugural siendo la del propio Galdós la primera firma.

Hubo una nota tiernísima: Un grupo de niñas ciegas se presentó ante don Benito poniendo en sus manos un ramo de flores que él beso tembloroso.

El pueblo de Madrid, después de haber escrito esa página tan bella en su historial de pueblo culto, comenzó a dispersarse.

El maestro consiguió no sin trabajo volver a tomar su coche en el que se dirigió a su domicilio seguido por gran parte del pueblo que continuaba aclamándolo. Antes de que don Benito Pérez Galdós subiera a su carruaje, el que escribe estas páginas, que consiguió llegar

muy cerca del maestro, pudo tomar respetuosamente una de sus manos y poner en ella un beso conmovido.

Entre el público que se dispersaba echamos de ver a un joven delgado y pálido, de ojos de fiebre, que terciada de sus hombros una capa española y cubierta su melenada cabeza de un chambergo de amplísimas alas, maquinalmente—tan emocionado estaba—estrechaba las manos que se le tendían, correspondía a los abrazos que le prodigaban, pronunciando entrecortadas frases de agradecimiento. Era el gran escultor Victorio Macho, autor de esta obra que sin profanar las puras líneas del bloque granítico, expresa de manera pasmosa el espíritu y la labor ingente del genio español contemporáneo; y generoso donante de la estatua al pueblo de Madrid. Desde un principio, declaró que no percibiría ni un céntimo por su obra, y que la cantidad colectada sólo se aplicaría a cubrir los gastos de material para que así fuera de todos el homenaje.

Al fin la multitud acabó por abandonar el parque; y entre la fronda nemorosa, naufragando en la penumbra de un crepúsculo invernal, preciosamente breve, quedó sólo el hombre de piedra como un blanco símbolo de la perennidad del arte. Desde su altura ve sucederse las generaciones: la pareja de enamorados, la eterna pareja que va y viene del fondo de los siglos, pasa hacia el porvenir sonámbula de su divino ensueño, los niños van enguirlaldados de la mano y juegan al corro ante la efigie del viejo abuelo, y esos niños se tornarán hombres y viejos, a su vez. Y todos pasarán, en el devenir inacabable de la vida... Pero Galdós y su obra no pasarán...

La muerte.—Es fuerza ahora relatar los últimos días del genio, el ocaso de aquel sol esplendoroso. Parece que las fuertes emociones de aquel día le fueron físicamente fatales a Galdós, de cuya médula había hecho presa una terrible *tabes dorsal*, desgarrando con sus uñas aceradas todo el cordaje nervioso. «Al volver a su casa aquel día de la inauguración de su estatua—dice uno de sus biógrafos—tuvo que estarse en su despacho descansando dos o tres horas y luego no pudo subir a su alcoba: por primera vez hubo que subirle. El último período, el de la gran decadencia, comenzó entonces. Se hizo irascible, al mismo tiempo que se le extinguía la voz. El que nunca dió una orden sino que se limitaba a solicitar permiso, se hacía intratable, tenía voluntariedades. Se quejaba de que no le atendían en la casa, donde, sin embargo, todo, personas y hacienda, le estaba subordinado». Todo el

año de 1919, el Maestro pasó sobreviviéndose.

Con la venida del otoño, la estación en que, como las hojas, se van los enfermos, los débiles, los viejos, se agudizó la dolencia de Galdós anunciando un peligro inminente. En el mes de Octubre todos creyeron que se moría y toda España estaba pendiente del curso tremendo que tomaba la enfermedad de Don Benito. Su excepcional y férrea naturaleza, en lucha desesperada con la muerte, logró sostenerse unos pocos meses. Pero al llegar al dintel del año de 1920 ya no pudo más: la muerte triunfó desligando para siempre ese supremo espíritu de su caduca y mortal envoltura de carne.

El Maestro murió tranquilo. Manos femeninas, las de su hija María, y las de su ahijada, la señorita Rafaela González, hija del célebre ex-torero Machaquito, le habían asistido los últimos momentos con tierna y filial solicitud. Del cadáver se hizo cargo el Ayuntamiento, a nombre del pueblo de Madrid, y después de embalsamado fue expuesto en suntuosa capilla ardiente para que fuera reverenciado por el público.

Antes de morir, Don Benito había manifestado verdadero horror de ser enterrado en el *panteón de hombres ilustres*. «Hay allí mucha política», había dicho manifestando su deseo de reposar al lado de su hermana en el cementerio de la Almudena, bajo la cruz de Cristo y en tierra bendecida.

El Gobierno español, con ese don de errar que tienen todos los gobiernos procedió, a la muerte de Galdós, con incomprensión y cetería: decretó para el cadáver los mismos honores que años atrás se habían tributado al de Campoamor, como si pudiera equipararse el ingenio de éste al genio auténtico; y pretextando que Galdós no había desempeñado nunca ningún cargo político, apoyado en los eternos precedentes, dispuso que las tropas no cubrieran la carrera ni se le rindieran honores militares de ninguna clase. Este mezquino proceder tuvo la suerte de disgustar a todo el mundo, incluso a los propios militares. En un periódico escribieron: «*Si algún español merecía que a su muerte se enlutaran las banderas y se pusieran las armas a la funerals y resonaran las marchas fúnebres y retumbaran los veintiún cañonazos, era el épico cantor de Trafalgar y del Dos de Mayo, de Zaragoza y de Gerona, de Bailén y de los Arapiles, de todas las glorias españolas.*»

El entierro de Galdós fué, pues, modesto como su vida. Pero si a su paso no se inclinaron las banderas ni desfiló ante el féretro el cortejo marcial de penachos, espadas, bayonetas, lanzas, corazas y caballos, todo el pueblo de Madrid en compacta y ululante masa lo llevó materialmente en hombros; y si no resonaron los clarines, ni los tambores, ni las músicas funerales, un *¡viva Galdós!* surgió espontáneo, ahogado en llanto, del fondo del pecho de la muchedumbre y su eco más emocionante y significativo que la voz de los cañones repercutió en todos los ámbitos de España.

Sombras.—En torno a Galdós, como en torno a todos los grandes hombres, se ha fantaseado mucho.

Dos grandes tristezas, la ceguera y la pobreza se han exagerado de manera tal que no podían menos de infundir piedad la una, y rubor la otra en todo pecho español. Al calor de estos sentimientos, un grupo de altos y generosos espíritus, propuso en 1914, levantar una suscripción nacional a favor de Don Be-

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

SAN JOSÉ, COSTA RICA

PLENA GARANTÍA DEL ESTADO

Seguros sobre la vida-Incendio-Accidentes
del Trabajo-Transportes Marítimos

Capital.....	₡ 4,000.000.00
Reservas diversas al 31 de Enero de 1930.	3,487.307.58
Pólizas en vigor a la misma fecha.	₡ 78,819.909.67

nito Pérez Galdós «ciego como Homero y pobre como Belisario»; noble iniciativa que fracasó de manera lamentable constituyendo un episodio triste, una verdadera vergüenza que no merece la pena de ser recordada.

La ceguera del Maestro, por fortuna, parece que nunca llegó a ser total.

Galdós había ganado con sus libros y con su teatro millones; pero los había gastado con la misma facilidad con que los había ganado. Nunca supo administrar lo suyo, ni ese cerebro poderoso sabía hacer números ni llevar una cuenta; además, parece que fué muy pródigo y dadivoso con los suyos y con los ajenos. Los zorros de los editores que no ignoraban esto, lo explotaron también. La consecuencia fué que llegó un momento en que el patrimonio de Don Benito se vió seriamente amenazado por inúmeros acreedores, usureros sin conciencia en su mayor parte. Pero Galdós supo al fin encontrar un abogado inteligente y probó que desenredó la maraña en que estaba envuelta la hacienda del gran escritor, puso en orden todo y le libró de los terribles acreedores, dejándole con más de lo necesario para vivir con toda comodidad. Los últimos años de Galdós, fueron, pues, tranquilos y sólo amargados por los padecimientos físicos de su tremenda enfermedad.

A la muerte de Galdós, cierta prensa negra que todavía subsiste en España como un anacronismo de los tiempos que vivimos, pretendió lanzar a la publicidad la absurda especie de que el apóstol se había retractado, en el postrer trance, de «sus errores» y había recibido los últimos sacramentos. Con tal

motivo, esa prensa batía palmas por la supuesta «conversión» de Galdós que, muriendo santamente en el seno de la Iglesia, era un ejemplo para tantos herejes y librepensadores como abundan hoy. Se repitió la historia de siempre urdida por el fanatismo católico al morir todo célebre personaje.

Don Benito había perdido en los últimos tres meses el pleno uso de sus facultades mentales. Cuentan que se volvió como un niño; que tenía voluntariedades, caprichos y gustos infantiles; que le dio por cantar canciones canarias que había cantado en sus primeros años, allá en las Palmas. Otras veces, dicen que tenía alucinaciones, que creía ver y hablaba con los personajes que había creado su mente. Han referido sus familiares que una noche los llamó muy exaltado, diciéndoles que acaba de recibir una visita de Santa Juana de Castilla; y pidió que en seguida le vistieran y lo llevaran a su despacho, porque tenía mucho, pero muchísimo que trabajar.

En este estado ¿qué valor podría tener su confesión? Y, aún cuando lo hubiera hecho, acaso hubiera quedado anulada por ello la obra de toda su vida? Lo que sí resultó verdadero es que el grande hombre de izquierda, que no era ateo, como no podía lógicamente serlo un entendimiento como el suyo, quiso ser enterrado en cristiana sepultura, entre sus muertos amados, en el cementerio de la Almudena, donde desde hace dos lustros hay una cruz con los brazos perpetuamente abiertos, dando sombra misericordiosa a los restos mortales del que fué el primer español de su tiempo.

César E. Arroyo

(Concluirá en la entrega próxima)

No hay espíritu sin cuerpo, ni ideal sin doctrina, ni política sin programa

Querido señor García Monge:

Publiqué en los últimos *Repertorios*, dos cartas que han motivado una benévola controversia que me obliga a replicar.

Cuando yo era muchacho creía que lo fundamental era lo que llamamos el *espíritu*, la posición espiritual que da un valor trascendental a todo lo humano. El *Abuelo*, don Francisco Giner, nos repetía a menudo que lo esencial no es el *contenido*, sino el *continente*, la manera baja o elevada de comprender un asunto o realizar un acto. Poco le hubiera dado a él que hubiéramos sido católicos, si nuestro catolicismo hubiese llegado a ser un cristianismo, y hasta nos habría tolerado que hubiéramos sido conservadores si lo hubiésemos sido por amor al pasado, no por miedo al futuro.

Ahora, con el tiempo y la experiencia, creo algo diferente. El vago anhelo que no está concretado en una idea no es espíritu, sino un estado morboso enervante, infecundo. El espíritu es la forma. La fe en la doctrina produce el estado mental que llamamos idealismo. El abuelo tenía razón, pero el *continente* es el resultado del *contenido*, no existe continente sin contenido, no hay espíritu sin cuerpo, ni ideal sin doctrina, ni política sin programa.

En España y en Hispano-América creemos que tenemos idealismo porque hacemos poesías, fe porque pronunciamos discursos, esperanzas porque escribimos cartas al *Repertorio*. Todos hablamos de América, pero ninguno de qué América; maldecimos al capitalismo yankee, pero no proponemos un comunismo hispánico; abominamos los Estados Unidos, pero continuamos en estados desunidos; criticamos las dictaduras, pero nadie conoce una cosa mejor. Hemos llegado a ver claro que el parlamentarismo *a lo siglo XIX* no curaría nuestros males, pero nadie dice qué clase de Asamblea, Congreso o Representación popular podría gobernar estas naciones cuando caigan las dictaduras. Pregunte a un aprista si hay que tolerar la explotación de la riqueza nacional y dirá que lo preliminar es detener la invasión yankee...

¡Pero con qué armas?! ¡Con un superior idealismo! Convenido. Pero debe ser un idealismo nuestro, nuestro, nuestro, mejor que el suyo, y aquí tropezamos ya con la necesidad de concretar. Preguntadle a un aprista si hay que conservar las presentes fronteras. ¿Qué dirá?...

Tengo un miedo atroz que dentro unos cuantos años todos estaremos muertos o coronados de laurel, pero dejaremos a nuestros hijos una lamentable herencia

de irresolución. A pesar de nuestro *triumfo*, el peón tendrá hambre, el roto verá a sus hijos languidecer en los harapos, el pelado, el indio, el guajiro serán basura de humanidad, continuarán envilecidos, capaces sólo de relampaguear en una mirada de odio la poca fuerza que les habrá dejado la miseria y la opresión. Y esto no es americano, no es propio de América, la tierra de los empeños infinitos, de los recursos sin límites, del Nuevo Mundo sin precedentes prehistóricos, sin supersticiones de casta o tradición.

Y ahora para animarnos voy a explicar mi *contenido* que acaso parecerá ramplón, pedestre, poco elevado, pero en el que creo firmemente y esta fe me da el espíritu, el continente que me hace vivir feliz, y me obliga a esfuerzos de proselitismo. No me importa que me acusen de poco original y de infantil, quisiera escribir en parábolas para que nadie se escapara ni del idealismo ni de la doctrina.

Yo creo que la libertad de la lucha por la existencia no es apropiada a los tiempos presentes. Hasta los que vencen son infelices. Lo que sufre el pobre y la clase media es inexplicable, pero el rico sufre todavía más. Por lo general debe mucho más de lo que tiene. Su fortuna es un balance en papel, y el dinero que usa es prestado por el banquero, siempre amenazando con una liquidación. Pobres y ricos tienen que consolarse con supercherías religiosas y esperan un razonable bienestar en otra vida. Pero hasta esto han de pagarlo caro. Si se examina bien los únicos que tienen un activo real son en forma más o menos disimulada o banqueros o sacerdotes. Hasta en los Estados Unidos, en los pueblos más prósperos, sólo dos edificios son de piedra o ladrillo, la Banca y la Iglesia.

Creo también que la libertad de competencia es ruinoso y detiene al progreso. Hoy todos sabemos quién produce una mercancía, no hay secretos que justifiquen variedad de precios. El tendero de higos o dátiles en un bazar de Damasco podía decir que él sabía un oasis que los producía mejores que los del tendero de enfrente, pero en nuestros días el vendedor tiene que halagar su clientela con medios ilícitos y con el crédito. Superchería y crédito, otra vez magia y banca, no veo que esto pueda servir mucho para el progreso. La mitad de las gentes consumen la vida detrás de un mostrador espiando al pasante que se deja seducir por sus cachivaches; la otra mitad desesperados pagan cosas que han comprado sin necesitar. ¡Qué moralidad, qué humanidad puede desarrollarse esperando una presa que ha de ser necesariamente un vecino y acaso un pariente!

La producción ha perdido sus secretos. Un armero de Toledo sabía oraciones para mejorar sus aceros, hoy el fabricante tiene que producir el tipo—patrón modelo—standard aceptado y hasta impuesto por los gobiernos. La única manera de vencer la competencia es produciendo más barato estrujando al obrero o prodiendo más con el auxilio del banquero, que es el que se aprovecha. En los Estados Unidos de cada cien que empiezan

un negocio noventa quiebran antes del año. Según Boadstrets, en los Estados Unidos, en el primer semestre de 1921, las pérdidas por quiebras fueron más de ciento cincuenta millones de dólares. Un gobierno capitalista privará a un ciudadano de cometer suicidio, pero le permitirá empezar un negocio disparatado arruinándose y arruinando los competidores.

Yo no creo que haya obstáculo para que cada grupo humano, ciudad o nación, produzca las cosas necesarias y las distribuya científicamente. Así se distribuyen el correo, la sanidad, la educación y todo lo que no paga. Cuando abro el grifo del agua me dicen que tengo suerte de que una compañía privada me sirva el agua, porque el gobierno sería incapaz de asegurar la distribución. Pero cuando tiro el agua sucia a la cloaca, entonces—como que ya no hay ganancia—debe ser el gobierno, el municipio, el abnegado empleado municipal, quien ha de cuidar del servicio mucho más complicado de librarme de mis suciedades.

Creo que es un insulto a la humanidad entera decir que la nacionalización es impracticable porque sólo un amo puede hacer trabajar a su criado. Para los cobardes que no pueden aceptar todavía una organización científica de la res-pública, o república, el hombre es un monstruo incapaz de su propio bien y manejable sólo con premios y castigos.

Yo creo que estamos usando la razón y la ciencia para todas las cosas de la vida, excepto para gobernarnos. Este hombre moderno que usa teléfono, luz eléctrica y ascensor, emplea cuatro o cinco intermediarios para comprar una libra de café. Todos sabemos que por culpa de la presente desorganización pagamos tres o cuatro veces más de lo que cuestan las cosas.

Así y todo, yo no deseo que se crea lo que yo creo, sino que se crea algo. Lo que hizo triunfar la revolución en América fué la decisión de Bolívar evitando ambigüedades.

Lo mismo podría decir en la candente cuestión religiosa. No me ofende el que cree en la Virgen y los santos, las reliquias y la infalibilidad del Papa. Pero detesto al que defiende al catolicismo porque los casuistas fueron grandes psicólogos y porque los españoles del siglo XVI tuvieron un universalismo católico, elevado, moderno y otras necedades. Lo que nos importa es el catolicismo que sufrimos hoy, o el de mañana si ha de haber uno compatible con nuestros tiempos.

En arte prefiero la buena poesía a la buena prosa, pero prefiero la mala prosa a los malos versos. Prefiero la vulgaridad sin pretensiones al idealismo sin ideas. Creo sobretodo que este mundo razonable y humano que prevemos llegará a pesar de los hombres, forzado por la vida misma, que entiende más que los que tienen entendimiento, y que llegaría antes en América donde no hay apenas intereses creados, si los que aquí hablamos y escribimos fuéramos realmente americanos.

José Pijoán

Los Angeles, Calif., U. S. A.

Soy hispanoamericano!

=Fragmento de la novela *Voluntad y Redención*. San José de Costa Rica, 1929=

—¿Puede Ud. decirme cuál es su nacionalidad?

—¡Con mucho gusto, señor Comandante!—contestó Colombino, y dijo entonces el nombre patrio de una república de Hispanoamérica.

—Pues, si no recuerdo mal, me parece que su país estuvo en guerra no ha muchos años con esta misma Nación, por no sé qué cuestión de límites—arguyó el marino.

—Es cierto,—respondió el joven.

—¡Si es así! por qué le preocupa a Ud. la suerte de esta República?

Al oír esto Colombino, su faz enrojeció violentamente, sintiendo un arrebato de indignación; sobrepúsose sin embargo; y con acento de serena firmeza, repuso:

—¡Porque soy hispanoamericano!

¿Qué clase de gente son Uds? no se parecen a los demás hombres...

El joven explicó con suave ironía:

—Somos muy difíciles de comprender, a pesar de que no sabemos ocultar nada; no obstante, es necesario ser de la raza para penetrar las facetas de nuestra psicología nacional.

—¡Y agregue Ud., caballero, que es la raza más inconsecuente del mundo; un día se levantan con ganas de armarle camorra a su vecina, y se pelean entonces por cualquier cosa, matándose como encarnizados enemigos; pero al otro día, hacen causa común con su enemiga de ayer, porque una nación extraña se ve en el duro caso de reclamarle a aquélla por la fuerza lo que le debe; y no será ésta la única interesada ya en el asunto, sino que todas sus demás vecinas, imaginan hallarse directamente afectadas también por la situación; y alegando a deshora la hermandad, vuélvense hostilmente contra el reclamante extranjero, como si ese hecho aislado fuera con todas las repúblicas latino-americanas!

—Es muy duro lo que Ud. dice, pero es verdad—dijo Colombino, y continuó con cierta melancolía:—¿Qué quiere Ud.,

señor Comandante? padecemos de un mal hereditario que se manifiesta en bélicas disputas de familia, por una línea de más o de menos de la heredad que tocó a cada cual en el reparto del patrimonio común, o por prurito de orgullos infantiles; mas a pesar de tales rencillas, en el fondo seguimos siendo hermanos; los rencores sólo duran un momento, pero las simpatías de la sangre subsisten siempre, manteniéndose permanentemente unísonas dentro de su cauce racial. De ahí, esas inesperadas atracciones de ternura que sorprenden a los extraños... Y por eso es que, cuando se ofende a una parte de la gran arteria, el resto del conjunto se siente ofendido también en esa ofensa; el insulto o atentado a una fracción, moralmente va a herir de rechazo a todas las demás. En tales momentos desaparece del alma de la raza todo desacuerdo, sintiendo sólo entonces la voz del sentimiento unitario que manda con honda resonancia evocadora de reminiscencias vitalmente históricas de pueblo. El enlazamiento hispanoamericano, superficialmente, parece aflojado, pero al tocarlo ajena mano, siéntese que forma un apretado nudo. Insensiblemente Colombino había alzado el tono; mas notándolo, se rehizo, continuando con ficticia calma, desmentida por su densa palidez y por la intención de sus palabras.—Pero la enfermedad, señor Comandante, va perdiendo su agudeza crónica, y, no dude Ud., que la familia curará por un pacto federativo! ¡Entonces, encontrándose ya sanos por la virtud de tantas fuerzas reunidas, el extranjero respetará a cada una de las hermanas, sabiendo, que si ellas aisladamente son poquita cosa, unidas hacen una potencia efectiva, directamente dueña de una grande, maravillosa porción del mundo, circunstancialmente controlando el portazgo comercial de todos los mares, con poder decisivo de declararlo cerrado, si fuere necesario, para hacer entender responsablemente el derecho de soberanía que asiste a la agrupación!

Julietta Puente

No confundamos

(Envío del autor)

A la distancia, solemos en América ver confusas las cosas de España: de esas confusiones padece nuestra noción de lo que es allí la ciencia filológica. Los artículos a la muerte de Cejador lo demuestran: solamente Roberto Giusti, en *Nosotros*, supo definir la mezcla de atisbos curiosos y absurdos gigantescos que es la producción de Cejador. Sanín Cano la comentó también, en *La Nación*, pero sus eufemismos humorísticos al modo inglés habrán dejado a los lectores ingenuos en la creencia de que Cejador era sabio. Se ha llegado a hablar de sectas. No: no hay en filología española una secta encabezada por Menéndez Pidal y otra secta encabezada por Cejador

como no hay en astronomía una secta de Kapteyn y otra de Flammarion ni en psicología una de Wundt y otra de Nordau. Lo que hay es, de un lado, ciencia honrada y profunda; de otro lado, enredo y extravagancia. Si en la filología española hubiera lugar para sectas, podría pensarse que apunta la disidencia en las orientaciones de *filología idealista*, bajo la influencia de Croce y de Vossler; pero los disidentes o sectarios posibles, como Manuel de Montolú, se entienden sin esfuerzo con el grupo de Menéndez Pidal, Américo Castro, Navarro Tomás y García de Diego, porque aceptan idénticas normas de trabajo científico.

Pedro Henríquez Ureña

(En busca del verso puro)

Señor director: La novedad literaria de estos días es la vida de Lord Byron, por André Maurois, que se ha publicado en las últimas ediciones de *Candide* y que seguramente estará circulando en volumen cuando estas líneas sean conocidas por los lectores de *El Espectador*. Es un libro maravillosamente escrito y poderosamente documentado: una honda y ágil biografía psicológica en la que nada falta de cuanto exige el género, acaso el más difícil de todos, y que en Francia, en estos tiempos, ha recibido un impulso formidable. Maurois ha conseguido darnos una obra, si no de la tersura y de la perfección de su vida de Shelley, indudablemente mucho más viva que aquélla, mucho más sanguínea, mucho más humana y, por lo mismo, mucho más apasionante. La compleja trama de los instintos, de las influencias que bullían confusamente en el alma de ese misterioso niño predestinado del dolor, de la belleza y de la gloria, está analizada hilo a hilo, fibra a fibra, con maravillosa lucidez, con cruel escrupulo, con amor trémulo y, como he dicho, con el respaldo de una rica documentación. Aún no he leído ninguno de los ecos que ha de suscitar la *Vida de Byron*, y escribo sobre mi personal impresión.

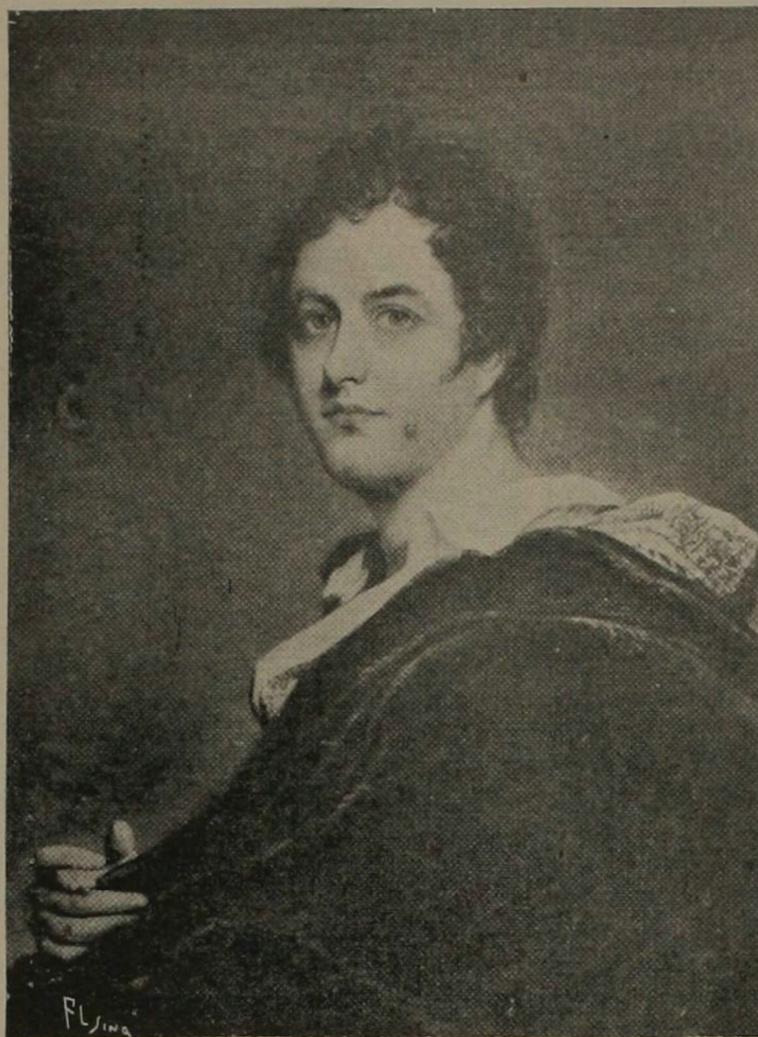
Pero creo no equivocarme si aseguro que ella será un triunfo insigne para el autor y proporcionará a los públicos intelectuales (¿puede hablarse así paradójicamente?) emociones indelebles.

Leyendo estas páginas y juzgando un poco superficialmente nuestra época estandarizada, seca y monótona, surge desde luego la observación de cuán impropicia es para el florecimiento del genio, del genio imponente y tempestuoso, personal, solitario, si se la compara con los mejores tiempos caballerescos y románticos, cuando las pasiones mostraban un juego amplio y bello, un empuje salvaje, que no era controlado y deprimido por la tiranía social.

Pero mi propósito en esta carta no es hacer un estudio del libro de Maurois, sino llamar la atención hacia el curioso fenómeno, muy sintomático, de que los únicos libros que logran acaparar la admiración de los lectores europeos y despiertan el fervor de la crítica y los comentarios de todo género, son los que tratan el tema inagotable de la guerra, y no ciertamente para elogiarla, ni para poner sobre ella los esmaltes de una falsa retórica, ni para recomendar ciertos heroísmos al recuerdo de la posteridad. Cuando la punzante obra de Remarque, *A l'Ouest rien de nouveau*, ya bien conocida en Bogotá, no ha dejado de provocar el universal juicio de entusiasmo, viene la de otro soldado alemán, que bajo el título de *Guerra* nos da una síntesis descarnada, palpitante, nerviosa, de la horrenda hecatombe. Claro

La vida de Lord Byron

= De *El Espectador* (Suplemento Literario). Bogotá =



Lord Byron

es que este libro no posee la trepidación, ni el grito, ni la secreta resonancia, ni la humilde y grandiosa gravedad del primero. Es un fuerte esbozo, una recopilación de datos, una serie de aguas-fuertes inconclusas, mordidas por la

Armando Solano

Bordeaux, noviembre de 1929.

INDICE

Legenda aut adquirenda



Conde de Rodezno: <i>Carlos VII</i> . (De la serie «Vidas españolas del siglo XIX»)	3-50
Balmes: <i>El criterio</i>	7-00
Jorge Mañach: <i>Estampas de San Cristóbal</i>	4-00
José Ortega y Gasset: <i>Espíritu de la letra</i>	3-50
Benito Lynch: <i>Las mal llamadas</i> . Novela	4-00
Montaigne: <i>Páginas escogidas</i> . 1 vol. pasta	2-50
Montaigne: <i>Ensayos pedagógicos</i>	4-50
Emerson: <i>Hombres simbólicos</i>	4-25
Emerson: <i>La ley de la vida</i>	4-25
Emerson: <i>Diez ensayos</i>	4-25
Emerson: <i>Diez nuevos ensayos</i>	4-25
Emerson: <i>Doce ensayos</i>	4-25
Bernard Shaw: <i>La casa de las penas</i>	5-00
Bernard Shaw: <i>La otra isla de John Bull</i>	4-25
L. Lugones: <i>Poemas solariegos</i>	4-00
Pablo Neruda: <i>Crepusculario</i> . Poesías	4-00
Luis Araquistáin: <i>La agonía antillana</i>	3-50
Pedro Prado: <i>Alsino</i> . Novela	4-00
Pedro Kropotkin: <i>Ética</i>	5-00
Pedro Kropotkin: <i>Los ideales y la realidad en la literatura rusa</i>	8-00
<i>La reforma escolar en Francia</i>	2-25
Ángel Cabrera: <i>Los animales inspiradores del hombre</i>	1-50
José Vasconcelos: <i>Tratado de Metafísica</i>	8-00

Dirijase al Adr. del Rep. Am.

fiebre de la acción y que tienen lo antiartístico de la vida no peinada ni adornada. Pero qué dolor tan lacerante se desprende de estas páginas, manchadas aquí y allá con la sangre seca y con el lodo de las trincheras. Así, la traducción francesa de este libro ha sido acogida sensacionalmente, aunque, como digo, no lata en él una emoción tan complicada, sutil y penetrante como en el de Remarque, ni se muestre el íntimo conflicto humano, la desesperante contradicción que nos obsesiona cuando leemos *Le Songe*, la obra que ya pudiéramos llamar vieja, de Montherlant, sobre la guerra.

Contra la corriente absurda que quiere el olvido, un olvido rápido, injusto, peligroso, para todas las cosas de la guerra, que quisieran algunos ver hundidas en el áspero tumulto de las pistas deportivas, reaccionan estos libros encendidos y rencorosos, mensajeros de una gran justicia insatisfecha, que imponen, sin decirlo, el análisis previsor de la enfermedad bélica cuya reaparición pudiera precipitar a la vacilante cultura occidental en la definitiva bancarrota.

Mejor que allá en nuestras idílicas democracias, heridas apenas muy de cuando en cuando por dolores que son como el sarampión de las naciones, aquí en Euro-

pa es donde un observador, por poco inteligente que sea, puede darse cuenta del número y de la calidad de cosas, de sentimientos, de posibilidades, que asesinó la guerra, aunque, como todo cataclismo, haya dado nacimiento a otros. Así se explica que por sobre todas las bellezas de la simple literatura, tan decaída la pobre en su antiguo concepto, los cerebros, los corazones y las manos se tiendan, en un arranque unánime, hacia las páginas húmedas, calientes, goteantes de lágrimas, de sudor y de sangre, en las que algunos de aquellos que padecieron la inenarrable tortura, la relatan de una sola vez, como en el afán de expulsar una verdad que los habría envenenado.

Nosotros, que tan ajenos parecemos a esta cuestión, no lo somos en realidad. No lo somos. Para el pasado, quizá. Pero no para el porvenir, porque nuestras repúblicas, en la sociedad de las naciones, en los organismos que se inspiran en iguales propósitos, y dentro de su obra legislativa y política, pueden y deben contribuir a consolidar la futura paz del mundo sobre fundamentos inalterables. Esa literatura, tan fuera de la literatura, vuelvo a decir, que siembra en las almas el asco definitivo de la matanza, no será estéril para nuestras nuevas generaciones, que, no obstante las diferencias de tiempos, siguen habitando el suelo, volcánico siempre, del trópico. Es, en todo caso, un alimento muchas veces superior a la novela sin entrañas y a la banal pugna de las escuelas retóricas.

GOZABA *Andrenio* al morir de la suma autoridad que un crítico puede obtener hoy por hoy en las letras castellanas. Autoridad, más que entre los literatos militantes, siempre disconformes con cuanto signifique norma distinta del gusto propio, ejercida directamente sobre el lector de tipo medio, cuyo favor difícil sólo se adquiere a fuerza de años y sólo se conserva cuando no se le engaña.

No entiendo yo por lector de tipo medio el de los hombres sin cultivar, al contrario. Es el formado por hombres que, siendo cultos, cada cual en su disciplina, tienen un principio de formación literaria, de gusto; que van al libro, no porque les sirve para matar unas horas, sino porque, al contrario, les ayuda a vivirlas.

Este lector no suele gustar de enigmas y problemas puramente literarios. Hay que hablarle con claridad y decisión. Hay, casi casi, que darle formulado lo que él mismo piense. No es mezquino papel para un crítico el de llegar a conseguir esto. Y no necesita el que tal logre abdicar sus gustos personales para tornarse intérprete del común sentir. Lejos de eso, su gusto personal es el que viene a convertirse en punta del sentir general; sus predilecciones se ven admitidas por un público adicto, que no se empeña en analizar por sí el libro que lee, aunque, puesto en el trance, también podría analizarlo. Público a quien se puede convencer, porque entra gustoso en la plática.

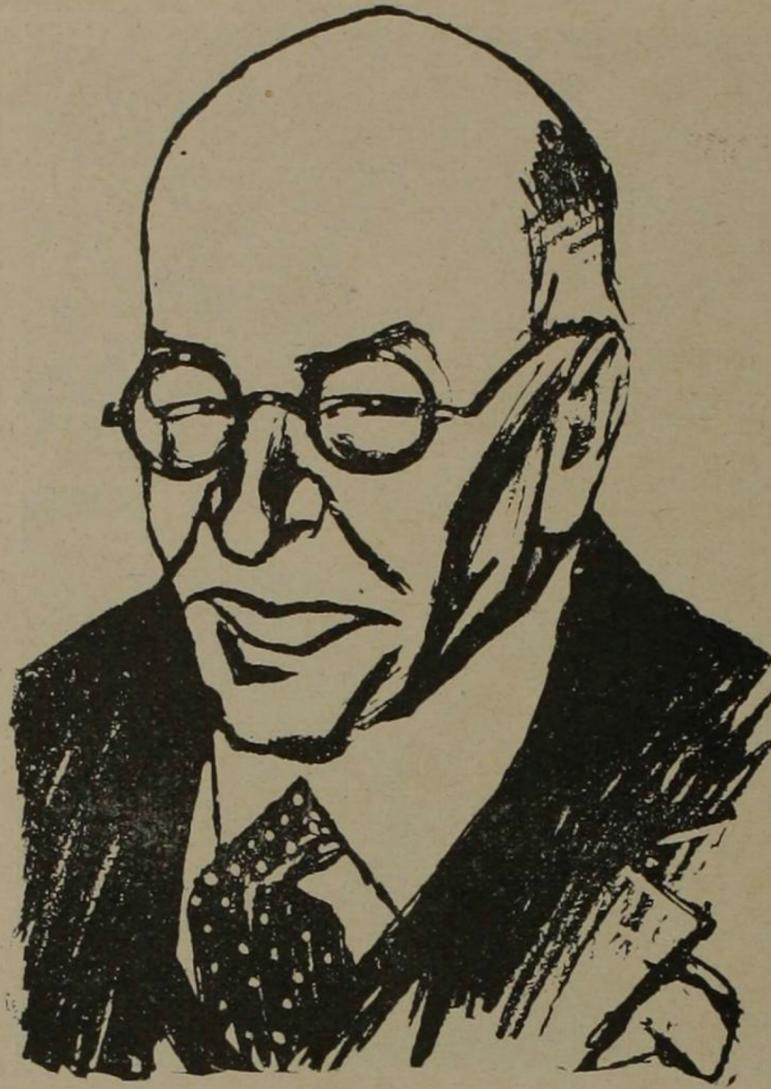
No consiste la tarea del crítico en distribuir castigos y premios, en decir «esto está bien», «esto está mal». Consiste, sobre todo, en decir: «Esto es así». En ver si cuadran la realización y el propósito. El gusto del crítico no suele ocultarse; pero no es factor decisivo, porque es gusto, y no ley. A diferencia de los críticos de antaño, el de hoy no acomoda su gusto a unas leyes en que no cree nadie. Su libertad es mayor; también es mayor su responsabilidad. Todo el crédito que logre lo ha de obtener por sí mismo. El crítico es hoy abogado, y no juez.

Ha de tener dotes de persuasión nada vulgares, ha de manejar unas armas muy justas, ha de poseer un caudal de conocimientos, una diaria información, muy seguros. Nada de esto le faltó a Eduardo Gómez de Baquero. Tuvo, además, a su disposición tribunas populares: la revista y el periódico, por donde pasaron virtualmente todos sus escritos, antes de articularse en libros.

También esto marca con sello peculiar la producción del crítico de hoy, aunque no por escribir en periódicos deja de ser hombre de gabinete ni al periódico se le puede considerar a la ligera como vehículo de opiniones provisionales de juicios impremeditados. El periódico es un medio de difusión que sólo nuestra edad ha conocido con toda amplitud. Es natural que busque a los escritores, y los escritores lo busquen. Consiente una rapidez, una frecuencia de comunicación entre el que escribe y el público, beneficiosa tanto para aquél como para éste. (Creo inútil advertir que descarto por completo, al expresarme así, todo lo que sea fingimiento o abuso: hablo de un periódico normal, de un escritor normal, de un público normal.) Como la imprenta, con su rapidez, no fué dañosa para el escritor, el periódico, con su mayor alcance que el libro, en nada le perjudica. Ni siquiera creo en lo que se llama

A la muerte de Andrenio

=De *La Gaceta Literaria*, Madrid=



Andrenio

Dibujo de *Sancha*

improvisación. Sólo se improvisa una parte de lo escrito, la mera forma, y para eso dentro de límites muy amplios. El que escribe sabiendo de lo que escribe, no improvisa jamás. Su preparación es garantía de acierto. Su buena fe consigue lo restante.

Gómez de Baquero vino al campo de las letras con una cabal preparación universitaria, después de haber ejercido una profesión no ajena a su vocación verdadera, a la que le dió definitivamente el triunfo. Este hombre de letras empezó por ser, y fué toda su vida, un letrado.

Por esta parte, y por su competencia en los asuntos jurídicos, sociales, económicos, pudo presentarse ante los lectores con una variedad de temas que no suele ofrecerle una misma pluma. Indudablemente, la idea de justicia, tan clara en sus propósitos, le llevó a ser, en su papel de crítico de las letras, amplio y tolerante. Hasta en su predilección por cierta palabra que empleó para titular uno de sus libros y toda una serie de sus más recientes crónicas, se ve está inclinación de su mente: la palabra *Aspectos*. Eduardo Gómez de Baquero sabía bien que las cosas del mundo, así en la vida como en las letras, muchas veces han de considerarse a diversas luces. En elegir el punto de mira, en buscar el rostro propicio de las cosas, estriba en gran parte el interés que puedan despertar.

He aquí también, si no yerro, el secreto de lo que se ha llamado su evolución. Para mí, no cambió tanto Gómez de Baquero como la vida en torno de él. Político militante en un partido durante muchos años, bien caracterizado como conservador, tuvo, en sus últimos tiempos, actitud de hombre de izquierdas. No hay conceptos más relativos que el de derecha

e izquierda. Gómez de Baquero no tuvo que renunciar a ninguna de sus convicciones, no tuvo que admitir nuevo credo; sí, en el trance de tantos, recordó que, siendo conservador, era también liberal, hasta en el nombre de su partido; sí conservó, por encima de todas las mudanzas y trastornos del tiempo, su amor a la palabra y al concepto, que las palabras no podían reducirse para él a un vano sonido.

¡ Hombre de izquierdas, pues, cuando la maquinaria política iba derivando hacia la derecha, sería, con todo su fondo doctrinal, hombre de derecha en otra organización del Estado. Pero, aun en sus tiempos de militante en las filas conservadoras, le favorecía mucho, entre sus correligionarios, cierta tendencia hacia las ideas más libres y audaces, como favorece entre los hombres de significación avanzada la austeridad en el vivir, el porte casi religioso de su laicismo.

En literatura, fué también hombre de derecha, en el mejor sentido de la expresión. No quiso defender, sobre todo, el casticismo, santo y seña de grupo. Al contrario, nadie más abierto que él a un espíritu de avance. Formado en la cultura del siglo XIX y en la disciplina de los críticos franceses—después de española, francesa fué predominantemente su lectura, como se ve en las citas de sus libros, en los comentarios a la actualidad que brotaban diariamente de su pluma; pero francesa sin exclusividad, y, sobre todo, sin deslumbramiento—, su actitud ante lo nuevo, que yo he calificado, viviendo él, de defensiva, no era de

ningún modo cerrada ni contradictoria. No era Gómez de Baquero hombre capaz de hacerse el desentendido ante una tendencia literaria en formación; antes bien, sabía mirarla con simpatía, y a muchos escritores jóvenes les dedicó, en la ocasión de sus primeros libros, palabras de aliento.

Lo que con más desconfianza recibía eran las reputaciones recién establecidas que llegaban a España como novedades impuestas por una moda: Proust, Pirandello, Spengler, Keyserling. Con desconfianza; pero no con desdén. Su crítica se aguzaba entonces, y en la textura de su artículo aparecía el español a la defensiva, resuelto a no admitir lo que no comprobaba exactamente.

Su último libro está dedicado a los poetas. Es, como los anteriores, una recopilación de artículos periodísticos, compuestos al mandato de la actualidad bibliográfica, sin propósitos de dar una visión completa de su campo. Con decir que entre esos artículos el nombre de Juan Ramón Jiménez sólo está mencionado incidentalmente, de pasada, comprendemos que no quiso trazar Gómez de Baquero un panorama de la poesía española de hoy. Son sus artículos sobre poetas—castellanos y catalanes, americanos, de hoy y de ayer—lo que reúne en las páginas del volumen segundo de sus obra seleccionados, con el título de *Pen Club: Los poetas*.

Poesía antigua, Quintana, Zorrilla, Campoamor, Balart, y poesía nueva, Lorca, Guillén, Gerardo Diego, presidiendo el concurso la evocación de Góngora redivivo al sonar la hora de su centenario. Al enfrentarse con la poesía nueva, con la menos accesible, por su novedad—sobre todo para quien jamás hizo versos—,

(Pasa a la página 112)

CONTRAPRODUENTE sería insistir en callar el problema sexual que es tan importante como lo fué en el siglo pasado el de la dirección de los globos. La literatura, es decir la gran literatura, converge en las naciones más civilizadas hacia los complejos fenómenos del sexo y, cosa rara, confieso por mi parte que cada libro que leo a este respecto contribuye a desorientarme. Puedo parodiar a Richet que, pretendiendo descifrar los misterios del Más Allá llegó a esta desoladora conclusión:

Cuanto más estudio los fenómenos objetivos y subjetivos de la Metapsíquica, tanto más me convenzo de que nuestra débil inteligencia no puede saber nada, o casi nada, del vasto cosmos que nos circunda. Aún no hemos comprendido nada del Universo, que continúa siendo un enigma indecifrable y que talvez lo sea siempre.

Así me ocurre con el cosmos sexual: me asombra y me desorienta. Tornemos los ojos a la hormiga, al gusano de seda, a la flor, a la gallina; y veremos que esos seres tildados de inferiores están expuestos—como nosotros— a gravísimas alteraciones sexuales. Llega uno a pensar que el mundo es una broma de carnaval: una cantidad de disfraces, caretas, antifaces, máscaras, repartidas a los seres más diversos sin orden ni concierto.

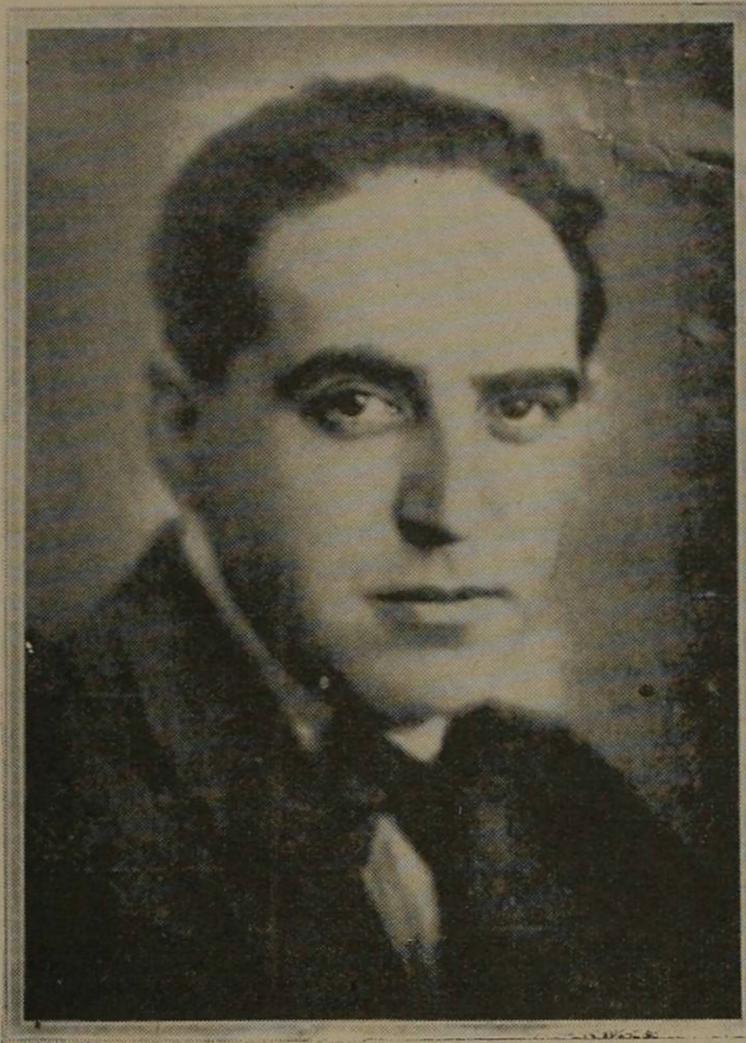
En los asuntos sexuales—que son determinantes del carácter de los seres—estamos más cerca de la broma que de la gravedad, de tal manera que nos parece más natural un Brahma creando el mundo por jugarreta que un Jehová poniendo todo su empeño para hacer una cosa perfecta. Ilustremos estas líneas con un preliminar de entomólogos, ya que el mundo pequeño es algo así como una advertencia para nosotros.

El sabio japonés Toyama ha observado las más curiosas anomalías en abejas y gusanos de seda. Cruzando gusanos de seda franceses de rayas oscuras y gusanos japoneses de color compacto, obtuvo hijos tan fieles retratos de sus padres, que por un lado mostraban rayas y sexo femenino, y por la otra mitad exacta, el sexo masculino y el color unido. El doctor Forel, de Zurich, ha observado una hormiga cuya cabeza y cuyo protórax eran del tipo obrera, el abdomen macho y el medio del cuerpo repartido, macho a la derecha y obrera a la izquierda. Pues bien: ese individuo se conducía como obrera, obedeciendo a la cabeza. Es claro que, entre los vertebrados, los ejemplos no son tan impresionantes y definitivos, pero el hermafroditismo no deja de encontrarse, y es precisamente su discreción lo que desorienta. Somos hijos de errores, de equivocaciones. A veces lo que parece más absurdo está indicado para grandes hechos, por mecanismos y designios que se nos escapan.

¿Existirán asimismo anomalías sexuales en los astros? Nadie podría asegurar que no. Si a mí me dijeran que la tierra corre alrededor del sol por equivocación, no me extrañaría ni pizca. Las mayores cosas y muchas menores son hijas del error. Nuestro propio destino es una enfermedad, porque nuestra razón es una dolencia. La conciencia es una hiperestesia de la sensibilidad, luego es un estado anormal; luego el hombre se hizo rey de la creación mediante un estado patológico que la cultura propaga en vez de extirpar. Vivimos en pleno absurdo, y no sería raro que, a veces, ciertos

El error del Dr. Marañón

(Envío del autor)



Dr. Marañón

estados que la medicina considera morbosos, contribuyan al brillo de la misma ciencia y al desarrollo de la cultura.

Si me atrevo a tomar la pluma para introducir un comentario en materia debatida por tanto especialista, ello se debe simplemente a lo chocante que me resulta la tolerancia amplia de esos especialistas con las variadísimas anomalías sexuales de plantas, animales e insectos y al mismo tiempo su seriedad e hipocresía para juzgar iguales o menores anomalías del mismo orden en la especie humana. Empecemos con el famoso doctor Marañón. Su obra es en conjunto admirable, sugerente, educadora: ilumina los problemas que trata con estilo de artista, porque el doctor Marañón es todo un escritor. Pero la conclusión a que llega en el punto de la virilidad, pretendiendo producir el hombre íntegro, es muy discutible.

El doctor Marañón mantiene contacto con una colección de monstruos cuya vida preside mediante el laudable pretexto de estudiarlos y normalizarlos. Los reyes taciturnos del Escorial mantenían monstruos para divertirse. El lector atento de la obra del doctor Marañón notará un estado de obsesión erótica muy española sobre el misterio *hombre-mujer-hermafrodita*. Desde luego, estos delirios provienen de la continencia, de la vida sedentaria, del fracaso, amoroso y del escaso apego a la sociedad. La ilusoria conclusión o fórmula para resolver el asunto de los sexos indecisos revela en su autor una ingenuidad impropia del hombre de ciencia y a la vez del artista millonario que rige un serrallo de monstruos.

El ilustre doctor justificaría el dictado de *burgués*, que le diera privadamente otro renombrado escritor español, por su vulgar apreciación del problema. No. Por desgracia el caos

sexual no admite esa solución por virilismo, que sería la de cualquier aldeano: la más fácil y seductora: hacer hombres-hombres y mujeres-mujeres. Muy sencillo al parecer, pero nada más distante de la realidad como ya veremos.

Apretémonos lo más posible. Marañón parte de la base exacta de que todo individuo, en cierto período fetal, o prenatal, fué hermafrodita y que, en algunos, se mantienen los caracteres sexuales ambiguos determinando hombres-mujeres y mujeres-hombres. Así Don Juan y el abate Casanova, entre mil, pertenecían a la categoría de indecisos. Pretende Marañón que el deber de la ciencia consiste en descubrir a esa clase de individuos y curarlos para llegar a producir hombres-hombres, es decir, machos en toda la acepción de la palabra, y mujeres-mujeres, o sea, hembras hasta la médula.

Un poco escépticos nos preguntamos: ¿hubieran sido posibles los Sócrates, los Césares, los Gustavo Adolfs, los Bonapartes, los Grandes Federicos, si por medios artificiales la medicina les hubiera duplicado el poder genésico? Seguramente que no. La parte de mujer que tuvo Napoleón fué aquella que le hizo desconfiado en las cuentas, minucioso, detallista, económico, gruñón, artista en la batalla, fino en la estrategia. Sin duda, en el fondo del vencedor de Marengo había una *menagère* dormida que preparaba las batallas como una buena ama de casa preside un banquete, sin desperdiciar un mendrugo. Comprensible es que un Anatole France, descreído, panteísta, galante, despreciara el lado femenino de Napoleón; pero un cientista tiene el deber de reconocer su papel indispensable, providencial. Volviendo a los don Juanes, ¿por qué desvalorar su actitud de líricos animadores del amor? La parte femenina en ellos es el arte, la fineza que les permite descubrir los puntos débiles de la mujer; su carácter tornadizo y pasajero, alado, que tanto place a ellas por cuanto contrasta con la pesadez crónica de los hombres completos, que, ciertamente, no fueron siempre los más amados. Dice muy bien Vicente Huidobro en sus *Vientos contrarios*:

Para seducir a una mujer, el hombre tiene que hacerse un poco mujer (pág. 147).

Es preciso advertir que nos referimos a aquellos hombres-mujeres que permanecen heterosexuales y en quienes la conservación de ciertos atributos hermafroditas de la vida pre-natal sirve de complemento, agregando ricos matices a la personalidad. Así un hombre artista, fino, agradable, que además es valiente, audaz y emprendedor; como una mujer valiente, decidida, además de dulce y maternal.

La naturaleza nos sorprende a veces con rasgos de picardía infantil, poniendo bigotes en el rostro de las mujeres o dotando a ciertos adolescentes con ojos de bayaderas. ¿Quién no se ha sonreído al escuchar a un hombre con voz atiplada? Pues bien: estos caracteres que a primera vista parecen aberraciones, son, mejor dicho, adornos naturales extravagantes, como las plumas, el maquillaje, los tatuajes. A veces también esos signos exteriores de un sexo opuesto corresponden a sutiles signos espirituales. Hay hombres de alma atiplada, como hay mujeres de alma bigotuda. Pero esto no quiere decir que los hombres de rostro o

aspecto más viril estén libres de contener internos afeminamientos.

No hay una persona que no conserve señales, por pequeñas que ellas sean, del hermafroditismo pre-natal, así las mamilas, en el hombre. Estos caracteres no constituyen aberraciones, ni son inútiles, y debemos inclinarnos ante su condición natural. Una mujer bigotuda no por tener ese vello masculino bajo la nariz deja de ser mujer. Lo que pasa es que suelen encontrarse entreveradas en su temperamento virtudes de hombre, y así se explica el dicho español: «A la mujer bigotuda, de lejos se la saluda».

Sostiene el conde Keyserling en su obra titulada *Europa* que los alemanes tienen virtudes femeninas, palpables, entre otras cosas, por la corpulencia, que es un atributo femenino. Nótese con cuidado que esto lo dice como elogio. Francisco García Calderón no e-tá equivocado cuando asegura que Keyserling es un discreto pan-germanista.

Si alguno me preguntara cual es el pueblo más viril de la tierra, yo pensaría un rato y al cabo respondería: el Rif. Sin duda, el rifleño, con su fusil al hombro, apostado detrás de cualquier peña o chumbera, contra la civilización, en nombre de su cerril y triste libertad, es el tipo del macho. No creo que Maradiaga, ni Valle Inclán, ni Cansinos Assens se someterían a las operaciones pro-virilidad total que propone el doctor español. Cito a Valle Inclán por haber leído en alguna parte de sus escritos

esto: «el arte es andrógino». Cito a Cansinos Assens, sevillano de origen judío, que escribió:

A veces en las tardes claras, yo también —¡oh, mujeres!— tengo hoyitos deliciosos que anhelan ser henchidos!...

Comentando un libro de Keyserling escribió Salvador de Maradiaga esta frase impresionante:

Das Spectrum Europas será particularmente gustado por las mujeres inteligentes, sea cualquiera el sexo a que pertenezcan. Quiero advertir a las mujeres que no pongan ironía en sus palabras. Yo mismo tengo una buena porción de mujer en mi composición—como todos los artistas deben tener—y era, por consiguiente, capaz de gustar el libro del conde Keyserling, tanto como cualquier «hombre-mujer» (permítaseme acuñar esta palabra para librarnos del inconveniente del sexo en el sér humano).

Para terminar y considerando que no existe en Chile una selección de escritores ni una jerarquía de pensadores, ni unos lectores muy comprensivos, desearía librar a este ensayo de las interpretaciones iletradas o socarronas, que es ésta última una manera de enmascarar la ignorancia.

El tema es viejo en Europa, pero agraz en nuestra tierra. Y conviene asegurar que si Marañón mismo fuera ese macho específico con que sueña, sin duda no conoceríamos esa obra maestra, sugerente, que es un punto de partida para miles de caminos de cultura y que se llama: *Tres ensayos sobre la vida sexual*.

Joaquín Edwards Bello

Santiago de Chile, 1929.

Estados Unidos juega a la paz en Europa y hace la guerra en la América Latina

(Envío del Sr. Heysen.)

Traducida por el intelectual dominicano señor Eladio Sánchez, reproducimos de *Chicago Daily Tribune*, París 20 de Diciembre de 1929, el documento que una delegación representando los 21 países de la América Latina, entregó a su Ex. C. M. Walter Evans Edge, embajador de los E. U. en Francia al objeto de pedir la liberación de Haití y protestar de los últimos atropellos en la isla por la marina norteamericana. Asimismo in-ertamos la adhesión de nuestro admirado amigo y compañero Manuel Ugarte a la campaña del **Apra**.

París, diciembre, 1929.

Al señor Embajador de los Estados Unidos de Norteamérica

París 2 Avenue de Jena.

El atropello insólito que acaba de sufrir el pueblo de Haití por acuerdo del Departamento de Estado de Washington encuentra unidos para condenarlo a todos los pueblos del mundo, y en particular a los veintiun pueblos que constituyen la América Latina.

La expansión territorial, económica y política de los Estados Unidos de Norteamérica hacia el Sur en las Antillas, Centro y Sud-América, ha llegado a adquirir tales intensidades que la aserción europea o latino-americanana en su origen, que la contempla calificándola de *imperialista* no es ni una sobreestimación de ella ni una hostilidad marcada para el gran pueblo yanqui, cuyos destinos en manos de una oligarquía poderosa de banqueros escriben páginas sombrías en la historia de la humanidad.

De Florida a Nuevo México, a Texas y California; de Filipinas y Puerto Rico a Santo Domingo; de Panamá, Honduras y Nicaragua a Haití, los Estados Unidos

avanzan haciendo preceder el dólar a la bandera, el embajador al virrey, el intento «civilizador» a su escuadra y sus marinos y ametralladoras, custodios seguros de vidas e intereses evangélicos.

Desde Europa y por qué no, particularmente, de Francia, Bélgica, Alemania, Inglaterra, Italia o Japón la visión que se percibe es más objetiva, por cuanto viene favorecida por las propias trayectorias de Dawes y Young, representantes implacables del reinado del dólar en el mundo.

Mientras por un lado el idealismo mentiroso de la democracia yanqui alienta una esperanza de paz propiciando solemnes pactos internacionales e infructuosas reuniones antiarmamentistas; por otro, la doctrina de Monroe en Nicaragua y en Haití exhibe sobre relieves cruentos el dolor de las pequeñas nacionalidades latino-americanas invadidas militarmente, malgrado las ingeniosas e ingenuas adhesiones a la política que declara «la guerra fuera de la ley».

Estados Unidos juega a la paz en Europa y hace la guerra en la América Latina.

Son los hechos escuetos los que lo confirman y no en el pasado, tan sólo, sino en el presente, actual, actualísimo de 1929.

Haití, colonia francesa en el siglo XVII, independiente en el siglo XIX, devino pueblo sin soberanía el XX por obra directa de los Estados Unidos de Norteamérica.

Estratégicamente ubicado en el Mar Caribe, que los expansionistas yanquis anhelan convertir en un «lago americano», Haití fué codiciado en la medida que lo fueron Nicaragua y Santo Domingo, Cuba y Panamá.

En una isla dotada de fértiles tierras para el dominio de la agricultura y con una bahía admirable, favoreció el pronunciamiento interesado de los Estados Unidos desde un punto de vista naval preferentemente.

La bahía de Samana podía presentar para ellos un rol tan importante como las numerosas bahías del Golfo de México, la base naval de Cayo Hueso en Florida, Guantánamo en Cuba, el dique de San Nicolas, Puerto Rico, las islas Great Corn y Little Corn, adquiridas a Nicaragua, Fonseca, las islas Virgen—antiguamente de Dinamarca— y el Centro naval y militar de Panamá, en provecho de su hegemonía como potencia marítima.

En 1915, bajo la invasión militar que desoló Haití y después de heroicas resistencias por parte del pueblo celoso defensor en sus derechos y de su soberanía, se acordó el *modus vivendi* que enajenaba la libertad que los haitianos obtuvieron de Francia en 1804. Wilson, el pacificador de las plegarias democráticas, fué quien dirigió todas las operaciones pacificadoras en la isla y quien obtuvo las cláusulas de la conquista. El pueblo haitiano debió resignarse a sufrir el indirecto dominio yanqui aceptando el pacto de la esclavitud que el «gran demócrata y apóstol de la paz» arrancara a los miles de viudas y niños desamparados en nombre de los altos intereses navales de su país.

El tratado estipula claramente el precio de la victoria yanqui en Haití. Por el art. 2: «El Presidente de Haití nombrará, según designación del Presidente de los Estados Unidos, un recaudador general, que cobrará, recibirá y publicará todos los derechos aduanales sobre las exportaciones e importaciones, que se recauden en las diferentes aduanas y puertos de entrada de la república de Haití». Prohíbe aumentar la deuda pública o modificar sus derechos aduanales sin el consentimiento de los Estados Unidos (arts. 8 y 9). Obliga a establecer una «policía eficiente compuesta de nativos haitianos, organizada y mandada por norteamericanos» art. 10. Niega ceder «por venta, arrendamiento o en cualquiera otra forma» parte del territorio. Su duración diez años, pudiendo ser prorrogado en caso de que cualquiera de las puertas contratantes encontrara que su objeto no había sido cumplido totalmente. Si el derecho de conquista es una arbitrariedad inaceptable en nuestro tiempo, aquella vez, como después de los diez años y presentemente en 1929, es auspiciado por uno de sus más fogosos impugnadores teóricos, realizador práctico a la sombra del derecho de Monroe que Europa acepta y América Latina rechaza con dignidad.

La dominación yanqui cumpliendo sus programas *civilizadores* ha hecho de Haití un pueblo desgraciado y hambriento. Mr. Percival Thoby, antiguo encargado de negocios de la república

de Haití en Washington, en un memorandum al Departamento de Estado dice textualmente: *Catorce años de malos gobiernos norteamericanos han reducido a la población a un estado de miseria sin precedente.*— La Asociación de Política Extranjera, en un informe sobre la situación del país declara que Haití es nominalmente una república independiente, siendo, de hecho, gobernada por los Estados Unidos, potencia protectora al amparo de un gobierno menos democrático que aquellos que sufren Puerto Rico y las Filipinas, también víctimas del dominio opresor de los Estados Unidos de Norteamérica.

El Presidente actual de Haití es el señor don Luis Borno. Su autoridad es nula, por cuanto quien ejerce el gobierno es el General Jhon W. Rusell. Él está ahí para hacer cumplir el tratado, según propias declaraciones de Mr. Huhges durante la administración de Harding. Es el brigadier General señor Rusell, y no don Luis Borno, quien promulga decretos relacionados con el orden y la política interna. Por su conducto promulgó la ley mediante la cual todos los haitianos que en sus discursos o escritos «fueran adversos a las fuerzas de los Estados Unidos en Haití o al gobierno haitiano, serían juzgados por un tribunal militar». La obra de Scott Nearing y Joseph Freeman, dos norteamericanos eminentes, cita, pág. 176, (*La Diplomacia del Dólar*) que en agosto de 1921 tres periodistas haitianos fueron arrestados y juzgados por una corte marcial, por criticar la ocupación americana, violando la orden del Gral. Rusell. La misma obra, página citada, dice: «En 1924 se tomaron algunas otras medidas para poner a Haití bajo el control económico americano cuando el Consejo de Estado haitiano creó la Oficina de Impuestos Internos, para cobrar todas las contribuciones excepto las aduanales. Esta oficina había de estar bajo la vigilancia del Recaudador General americano, nombrado de acuerdo con el tratado de 1915, quien nombraría a su vez a otro americano como jefe de la nueva oficina. Se dió a conocer el nombramiento del Dr. William E. Dunn, Ataché Comercial interino de la Embajada Americana en Lima, como director de la Oficina de Impuestos». (*Current History Magazine*, v. 20 pág. 845).

Los haitianos no constituyen entonces un pueblo libre. Hablando francés y con tradiciones propias, sufren la imposición del inglés en el mismo grado que Puerto Rico y Panamá. Sin embargo, también los hechos son elocuentes para esperar que las protestas y rebeliones que los haitianos expresan en el idioma que la Francia llevara en su conquista, arribarán victoriosos a incorporarlos a la gran confederación latinoamericana.

Haití insurge de la opresión.

Los patriotas haitianos combaten hoy por su liberación nacional contra el yugo incivilizador de la diplomacia petrolera de Dawes y Young y contra don Luis Borno, el Presidente ficticio que ahí impone el invasor. Estados Unidos envía su escuadra, sus marinos, ametra-

Salve mujer...!

Para María Teresa Obregón de Dengo, compañera de colegio y de los mejores años de mi juventud.

—¿Quién eres?—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?—Lo ignoro.

—¿Qué has hecho, qué es lo que piensas hacer en la vida?—No me importa ni quiero saberlo.

—¿Eres hermosa, pobre, fea, rica, gentil, orgullosa, espiritual, mundana, veleidosa? Menos me preocupa saberlo. Tan sólo quiero invocar tu nombre augusto porque él por sí mismo basta para pensar en la bondad infinita del Padre quien depositó en ti el secreto maravilloso de la obra perpetuadora de la humanidad.

El amor, en su más alto concepto, no podía existir sin que la llama ardiente de tu propio corazón encendiese en él la plenitud de la vida.

Eres materia, vida, ensueño, ilusión, esperanza; y por la gracia que el Eterno te concedió, llevas dentro de tu sér la virtud de convertir el dolor en rosas de sonrisas, de alegrías infinitas, de ternura y de amor...

Y al soplo divino de los cielos verificas también el milagro de darle vida a la materia, y entonces tu vida es ánfora en la que mora Dios y por eso te invocamos MADRE...!

Niebla D'Argent

9 - IX - 1928.

lladoras y aviones para consumir nuevos actos de bandidaje. Las Agencias cablegráficas indican que las víctimas ascienden ya a algunos miles. Pero ni éstas como aquéllas de 1915 serán las últimas. Los patriotas haitianos han ya unido su esfuerzo y su orientación al esfuerzo y orientación que los pueblos de América Latina han creado en su gran partido continental de frente único, el *Apra*, para en una lucha nacional, autónoma, sin perniciosas influencias extrañas, imponer el triunfo de su soberanía como un pueblo libre de disponer de sus destinos libremente. El pacto celebrado en 1927 con la Liga Patriótica haitiana lo afirma, y las luchas presentes de los patriotas haitianos apristas lo evidencian.

La *Sección del Apra* en París y su *Centro de Estudios Anti-Imperialistas*, que se halla, por lo tanto, íntimamente ligada a la causa emancipadora de los haitianos, denuncia ante los pueblos de Europa y de América Latina el atentado de los Estados Unidos de Norteamérica, pide su solidaridad con tan noble ejemplo de rebeldía y protesta enérgicamente señalando a la diplomacia yanqui por su violación del pacto Briand-Kellog y el principio de libre determinación de los pueblos para darse gobierno propio.

Contra el imperialismo yanqui. Por la unidad de los pueblos de América Latina. Para la realización de la Justicia Social.—Fdo. Luis E. Heysen, (Secretaría General). Por el Dep. de Prop. del Pacífico: Fdo. Alfredo González

Willis (Secretaría), Wilfredo Rozas, Horacio Guevara, Gregorio Castro, José T. Ochoa.

Por el Dep. de Prop. Sector del Caribe: Fdo. Luis E. Enríquez (Secretaría); Gerardo Loaiza, Eladio Sánchez.

Por el Dep. de Prop. Sectores del Plata y del Brasil: Rafael González Willis (Secretaría); Gonzalo Gamarra, Nicanor Castro.

Nota: Los suscriptos latinoamericanos residentes en París nos adherimos a la protesta vibrante del Apra a la causa de los oprimidos de Haití y protestamos contra el imperialismo yanqui.

P. Guerra (Venezuela, de la Aso. Gen. de Est. Bat. Ame. en París); Dr. Ernesto Vázquez (El Salvador) 20 rue des Ecoles; M. H. Calderón Meza (Perú) 20 rue de l'Arrivée; J. M. Nieto (México) 29 rue des Ecoles; Francisco Rodríguez (Cuba) 50 rue des Ecoles; Juan Rafael Mora (Costa Rica) Bd. Jourdan 17; José Prado Urem (Bolivia) 3 rue Monsieur le Prince; Dr. Charles Belatthe (Francia) de la Sorbonne de París; J. M. Maldonado (Bolivia) 13 rue des Lombards; Mario Méndez (Perú) 13 Vaugirard; Carlos Cahuas (Perú) 29, rue des Ecoles; Dr. J. Flores (México) 18 rue Cujas; Br. A. Indacochea (Perú) ex-Presi. del Cen. Ciencia U. Lima; P. Cuculina (Perú); N. Ochoneira (Brasil); N. Clabatz (Hiti); Juan Ananías (Perú); Jorge Seoane (Perú); Joaquín Fermoselle (Cuba); Jaime Colson (Dominicano); A. Blanco (Colombia) 133 rue Brunet; Dr. C. Mandujano (México) 53 rue Bauquin; A. Domínguez (Venezuela) Agela; Gmo. Paz Arauco (Bolivia) 9 Sommerard; Carlos Mejía (Colombia) de La Agela; E. García Prieto (El Salvador) de La Agela; Manuel J. Chaves, Consultat du Perou; Ismael Cassaretto (Perú); Br. Alfredo Chgado (Perú), 18 rue Sorbonne; Augusto Figueroa (Perú); Pracisco Nawes (Uruguay); S. Bueno (Perú); M. Espioza (Chile); J. Valenzuela (Honduras).

Manuel Ugarte

apoya el manifiesto del *Apra* por Haití

Conociendo las actividades del *Apra* en París, don Manuel Ugarte desde Niza envió a su jefe ahí una carta manteniendo «su fe en las campañas del *Apra* y en su triunfo». La adhesión ha sido expresada en una carta autógrafa que dice:

*Las violencias a que está dando lugar la intervención de los Estados Unidos en Haití tienen que levantar un movimiento de protesta en toda la América Latina. Es inadmisibles que tan abominables sistemas se sigan aplicando en nuestras repúblicas. Puesto que los gobiernos del sur permanecen mudos ante los repetidos atentados, es la juventud la que debe levantar la voz en favor del derecho y de la dignidad del continente. Al adherirnos al manifiesto del *Apra* cumplimos con un deber primordial. Yo hago un llamamiento a todos mis amigos, a todos los centros de estudiantes, a todos los hombres libres de la América Latina para que, desde la frontera norte de México hasta la Tierra del Fuego, se inicie una acción unánime en favor de la autonomía y de la integridad de la República Antillana donde encontró Bolívar, hace un siglo, el primer apoyo para realizar la común independencia.*

(Fdo.) Manuel Ugarte

Niza, 25 de Diciembre de 1929.

Estampas

A propósito de elecciones populares

PASADA una elección popular, los que la han manejado, esto es los politicastro, piensan en ella con desilusión o con suprema alegría. Si hubo «triumfos» hay cánticos; si «derrotas», amarguras. Una y otra pasión siguen un desarrollo paralelo, penetrándose y volviéndose a separar hasta morir la vehemencia en la placidez de un olvido mutuo.

La reflexión filosófica o crítica no sale de los comentadores de una elección. Sin embargo, el que despojado de ambos sentimientos, mire lo que ha pasado, el «torneo cívico», con ánimo de encontrar sus valores y sus vicios, comprenderá enseguida que ha penetrado en un mundo curioso. Lo que menos importa en una elección popular es el hombre. El sector político que haga depender su penetración en la conciencia popular del elemento humano superior está fracasado. Lo primordial es llenar el ambiente de cualquier anestésico que adormile. Por las vías respiratorias se lo absorbe el «pueblo soberano» y queda así en actitud de obedecer la brida que lo dirija. Sin anestésico no hay dominio posible de esa soberanía común, tan exaltada en los períodos electorarios. Este recurso lo utiliza maravillosamente el organizador de partidos. Y triunfa.

En cambio, los sectores políticos que siguiendo una táctica bélica traten de enseñar a la «soberanía popular» el uso de mascarillas que la defiendan de los gases adormecedores, se quedan burlados y escarnecidos. En uno de los viajes del Dean Swift (y permítanos la novísima literatura presumida de psicología examinar este problema a través de una antigüedad tan detestable como los viajes de Swift) tiene su héroe la ocurrencia de abogar ante el Emperador de Lilliput en favor de uno que se había apropiado una suma de dinero. Para hacer blanda la justicia del temible Golbasto Momaren afirmaba Gulliver que su defendido tan sólo había cometido un abuso de confianza. Oh monstruosidad la afirmada! El abuso de confianza está castigado en aquel imperio con la pena capital.

Igual cosa ocurre a los que aboguen ante la «soberanía popular» por el uso de la mascarilla antidotadora. El discernimiento está atrofiado y el politicastro ha hecho sentir al «pueblo soberano» que toda operación debe hacerse sin dolor. Y la operación de elegir es de sumo dolor. ¡Ay del que intente volver a sus funciones a esa capacidad del hombre para separar lo real de lo irreal! Queda condenado a abogar por un delito que reclama la pena capital.

Los que eligen, dijimos ya, no tienen la preocupación del hombre, aunque parezca paradójico. El am-

biente público ha sido llenado del anestésico que entonetece la masa electora. De ahí que no pueda resplandecer la figura austera del hombre. Preparada esa masa, se la conduce a dar el voto. Y la operación la lleva a cabo, sumisamente, sin dolor. Esta ausencia total de sensibilidad es el factor más humillante en una elección. Porque sensibilidad significa capacidad para pensar. Y el votante no piensa, no puede hacerlo anestesiado, como lo mantiene el politicastro. Los juicios se le dan hechos. Todo lo recibe listo para la digestión rápida. Está acostumbrado a recibir. No le exigen en cambio nada más que el voto. Es el único aporte que él debe dar a una campaña política. Su falta de sensibilidad es funesta.

Por eso el camino del triunfo en una elección popular no puede encontrarse fuera del mundo creado por el politicastro. Los que se aparten de él fracasan. La única forma de sentirse ungido (aplicando un cliché) por el favor del pueblo es usar un anestésico cualquiera. Mientras no haya adormecimiento no hay popularidad. Podrá haber simpatías, agasajos y hasta respeto, pero elección, esto es, triunfo, no vendrá nunca. En cambio, si el capricho del politicastro quiere colocar a un hombre de valor, por circunstancias que sólo al politicastro interesen, en el número de los ungidos, lo

consigue fácilmente. Pero si ese hombre de valor se revela contra la política de la anestesia y se presenta a enseñar el uso de la mascarilla, se queda rezagado escuchando la burla del politicastro que lo llamará ultranacionalista, estorbo de la buena administración del país, ultraensimismado, ultraidealista. Y no ve el politicastro que a ese hombre para no sufrir el agravio popular no le escasearon los medios.

Como se ve, el elemento hombre está descartado en los movimientos electorarios populares. Y es el factor cultura el que más contribuye a que el politicastro imponga todas las cartas de su juego infecundo y peligroso. La masa electora que tuviera abierto el entendimiento no soportaría la anestesia electoral. Hay en analfabetas y no analfabetas un fondo lúgubre de ignorancia. Es en esos cimientos en donde los ardides de los malabaristas construyen sus castillos. Por eso la lucha inmediata que el país debe librar es una lucha por la cultura. No somos devotos ciegos de la democracia, pero mientras ella tenga que constituir el fundamento de estos países salidos del coloniaje esclavizador, lo urgente es darle cultura al pueblo, toda la cultura que le desbaste los repliegues en donde se enquistó la ignorancia. El politicastro se empeñará en afirmar que lo que

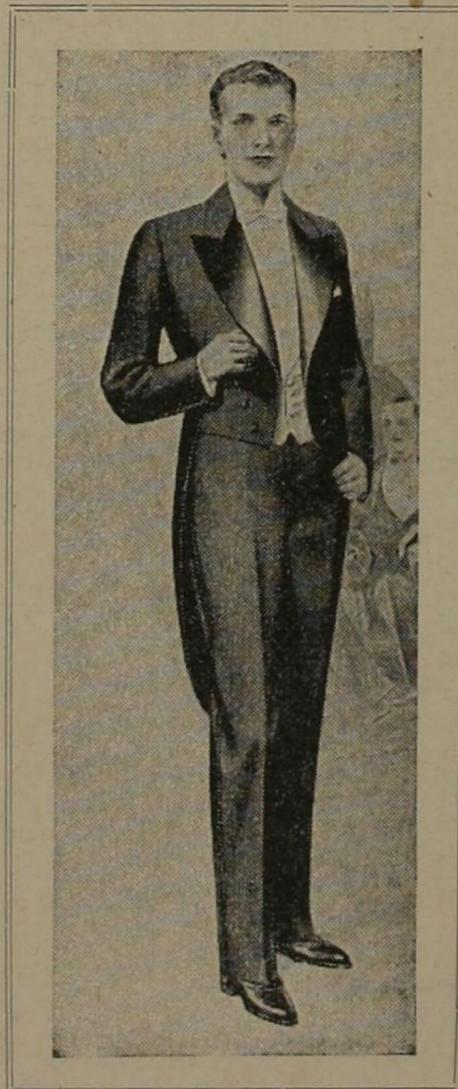
el pueblo hace es inclinarse por las cosas que tengan un sentido mejor en el país. Pero eso es una falacia. Pueblo conducido por politicastro es pueblo adormecido.

Examinamos esos hechos con el pensamiento puesto siempre en los destinos del país. Ni amargados por un resultado, ni regocijados por otro. En el fondo ambos resultados tienden a lo mismo: a elegir unidades y no conciencias. Es por esto por lo que nos alarmamos de la ausencia de cultura en el pueblo. Los problemas vitales del país no han penetrado todavía en él. Ha oído hablar de ellos, pero también a diario ve correr el agua de los ríos. ¿Por qué preocuparse? Los que han pretendido señalarle peligros no merecen fe. Como no han gesticulado, ni le han hecho promesas, ni lo han engañado, no merecen tomarse en cuenta.

¿Es posible que un país tan adormilado tenga garantizadas sus libertades, lo que en verdad puede llamarse libertades, esto es, propiedad del suelo, propiedad de las aguas, del aire, en una palabra propiedad exclusiva de su soberanía económica y política? En vísperas de la elección que acaba de pasar exhortamos a los ciudadanos a votar como «única manera de fortalecer la muralla opuesta a los intereses extranjeros que trabajan por esclavizarnos. Esa exhortación se ahogó en el ambiente anestesiado. Quiere decir que el camino debe ser otro. Tal vez el que tenemos señalado de dar cultura a analfabetas y no analfabetas. Sólo así el discernimiento volverá a la masa electora. De lo contrario los hombres que no pueden usar los gases adormecedores, porque no pueden usar nada que sea engaño, estarán relegados a no prestar a su país servicio alguno. Se les tendrá como figuras decorativas merecedoras de esa dignidad mínima mientras sean sumisos y no osen criticar uno solo de los procedimientos en boga. No intenten salir de ese marco. Allí está la mano superior que abate la osadía. Ah! pero no es posible jugar con el destino de un pueblo. Los hechos van apareciendo, aquellos hechos que no puede afrontar la mano que abate, y es entonces cuando el hombre decorativo entra en juego como unidad imprescindible. Y es que ese hombre decorativo es culto, y es enérgico y ante todo, es honrado. La honradez para la lucha no la encuentra el politicastro en el común de los hombres. Pero quién sabe si el espíritu repudiado tenga que acatar las insinuaciones de la mano que abate. Cuando un país está amenazado de sufrir el vasallaje de fuerzas oscuras, la dirección de la batalla no puede seguir confiada a quienes por su ineptitud provocaron ese satanismo.

Juan del Camino

Cartago y febrero de 1930.



**El traje hace al caballero
y lo caracteriza
y
La Sastrería**

La Colombiana
de Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Operarios
competentes para la confec-
ción de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este de "El Cometa",
frente a Luis Vanni

San José. C. R.—Teléfono 3285

Cinco poetas brasileiros de vanguardia

Traducciones de *Alberto Guillén*

(Envío del traductor)

Música de sandalias

Vamos:

aún has de ver las piscinas profundas,
los vasos de barro nuevo.
Aún has de ver muchachitas contentas,
musicalmente traduciendo el alma del pueblo,
caminando rápidas con una música de sandalias.

Ese paisaje de suaves encantamientos,
que surge en tu memoria como lebranza atávica,
aún has de mirar con una emoción de realidad.

Beberás agua mansa en conchas morenas,
porque sus manos son cóncavas y tienen un sabor de bondad.

Y dentro de la claridad diluida aparece
a través de los sentidos blancos una impresión de carne moza.

Para mirar las vidas simples
despertará en ti como un sentido histórico,
el sentido bíblico de las cosas adecuadas y castas.

Sentirás la voluptuosidad de morder
hojas verdes de tamarindos,
y tus oídos estarán penetrantes y finos
cuando a lo lejos desapareciera
la música de las sandalias nuevas.

Barreto hijo

Un canto en el silencio

En el silencio quieto
en el luminoso silencio que me cerca por todos los lados
y parece hacer parte del paisaje de apartados horizontes,
el canto distante de un gallo de garganta argentina
fue un pedazo de cristal tirado en medio de las aguas
[inmóviles de un lago
que quedó ahora más quieto
después de los círculos enormes que se formaron en su espejo
se fueron alargando cada vez más
y se apagaron...]

Sinceridad

Yo no quiero ser un agrupador de palabras,
un combinador de sonoridades vacías...

Cuando el ala de seda, mensajera de la belleza,
venga a rozar como un beso mi frente,
ordenando que hable,
que yo no sea tentado de jugar con las sílabas cantantes
de una palabra sin sentido...

Que yo quede mudo,
envuelto en la grave sinceridad de mi silencio.

Lacerda Pinto

Cigarra de fuego

Mi voz lleva brillos de láminas
a tus silencios.
Soy la suprema tentadora,
en mi forma intangible materializo el pensamiento.
Pasaré por tu vida
como una idea por un cerebro,
dándome toda sin que me poseas.

Guardo conmigo los sentidos de tu hermosura;
téngote en mí en radiosidades,
ámote porque me miras, desde tus brumas
con la fisonomía de mis sentimientos...

Tal vez otros brazos enlacen tu busto,
tal vez otros labios murmuren palabras líricas
a tus oídos;

tal vez otros ojos se abismen en los tuyos...

Ahora y siempre serás apenas,
el mundo por mí descubierto,
el tesoro por mí desenterrado,
el Hombre que mi amor despertó
de la inmovilidad de tu subconciencia.

Lejos de mí es la Belleza sin arte,
la Poesía sin palabra.
Lejos de mí sé que no te encuentras,
sé que procuras, inútilmente, coger tu yo
en el cristal de otras almas,
porque te falta el fiel espejo
de mi extraña sensibilidad.

¿Por qué no vienes, mi estatuario de voluptuosidad?
Hay en mí líneas imprecisas de deseo,
que tu cariño debería modelar;
tus manos milagrosas prestarían expresiones inéditas
a mi cuerpo maleable.

¿Por qué no vienes? A tu venida
se cerrarán mis labios,
mis brazos
y mis alas...

Quedarás en mí
ensimismado,
en lo más hondo de mi ser
que es tu sombra...

Quedarás en mí
como la visualidad
en mis pupilas
cerradas
para el sueño...

Gilka Machado

Interior

Poeta de los trópicos, tu sala de yantar
es simple y modesta como un tranquilo pomar;
en el acuario transparente, lleno de agua limosa,
nadan peces bermejos, dorados y color de rosa;
entra por las verdes persianas una polvareda luminosa,
una polvareda de sol, trémula y silenciosa,
una polvareda de luz aumenta la soledad.
Abre tu ventana de par en par. Allá afuera, bajo el cielo de
[verano
todos los árboles están cantando! Cada hoja es un pájaro,
[cada hoja una cigarra, cada hoja es un són...]

El aire de las chacras huele a hierba azucarada,
a hierbas pisadas, a vainilla, a matorral caliente y ahogado.
Poeta de los trópicos,
dadme en tu vaso de vidrio colorido un sorbo de agua.
(Cómo es lindo el paisaje en el cristal de un vaso de agua.)

Ronald de Carvalho

Institutriz

Igual que una institutriz
la luna,
anémica y tonta,
lleva en hilera las estrellas
por el camino de la escuela.

Claro de luna

Moza a casar va la noche
—toda de blanco vestida—
tirando perlas en el yermo
y oro menudo en la ermita.

Tenis

Los pinos abrieron hoy
raquetas de seda verde.
Juegan al tenis
y pierde,
estrellas el que más pierde.

Billar

Anda haciendo carambolas
el campanario de la ermita,
y ruedan las estrellitas
y en el paño verde de la ría.
Y en este hacer carambolas
el campanario
algarero
con la tiza blanca de la luna
va entizando el puntero.

Julio Sigureiza

Lo que en el ayer decoroso, decía Dominici del tirano Gómez

San José, 1 de Febrero de 1930.

Mi querido Don Joaquín:

Hojeando papeles viejos, en el fondo del copioso archivo del compañero Sotillo Picornell, veterano de la oposición a los despotismos venezolanos, me hallo con el artículo que le envío. Desde las páginas muy nuestras de Repertorio debe salirle al paso, como un remordimiento, a su autor, Sr. Pedro César Dominici, actual representante de Gómez en Buenos Aires. Es curioso observar la parábola, descrita por el criterio del notable novelista y diplomático. No se trata de un cambio de posición mental, de actitud ideológica, frente a problemas abstractos. Lo que de indudito hay entre lo que pensaba y hacía ayer el señor Dominici y lo que piensa y hace hoy, es que el hecho alrededor del cual se elaboran ambas posiciones es uno mismo: Gómez. Ese Gómez «conocido de todos por su insaciable sed de oro», «sin talento ni virtudes públicas», «sancionador de todas las infamias» que hace veinte años arrancó vituperios a su pluma es el mismo que hoy defiende y exalta, desde las columnas de la prensa amarilla del Sur. En esas cuartillas, con la destreza de una pluma tajante como fué la suya, dejó trazado el Sr. Dominici uno de los mejores bocetos que yo conozca del último nepotarca andino. Muy pocos de entre los escritores de la emigración revolucionaria que hoy combaten al jefe de chafarote, han logrado una apreciación tan justa y tan precisa de aquél como esa que en un ayer decoroso le dedicara su actual servidor.

Sería interesante conocer la forma en que intentará defenderse Pedro César Dominici. Fuera pueril que lo hiciera presentándonos a un Gómez nuevo, reformado por la educación y la experiencia. En ese boceto de 1908 están acusados los rasgos de un carácter plenamente desarrollado, de instintos en su etapa definitiva, de un hombre, en síntesis, psicológicamente irreformable. La actuación del tiranuelo al lado de su antecesor Cipriano Castro crearon en su mentalidad primitiva, semibárbara, hábitos de mando absoluto, de crimen, de cohecho; y por eso es hoy, perfeccionados esos hábitos en el ejercicio del poder usurpado, lo que era lógicamente esperable que fuera: un déspota sin fronteras, un asesino «legal» y un malversador impenitente del erario público.

No podría disculparse el Sr. Dominici arguyendo que ese artículo fue escrito por apasionamiento juvenil. A pesar de su virulencia panfletaria, corresponde a una etapa de plena madurez mental del diplomático y novelista. Lo que hay de cierto en el fondo de ese cambio de posición, es un fenómeno que encuadra dentro de lo fisiológico. Se trata de mayor o de menor resistencia gástrica. «El pan cotidiano de la prueba», de que habla Romain Rolland, contiene excesiva cantidad de ácidos y líquida a fin de cuentas a las más erguidas actitudes si no es muy densa y abundosa la porción de decoro que obra como neutralizante. Mejor, por más cómodo y epicúreo, es renunciar a ser espectador y asiento de esa lucha áspera de contrarios; mejor que continuar erguido es ser desleal a toda una vida y en el ocaso de ella ensuciar de zalemas cortesanías la pluma afilada que fué otrora azote de injusticias.

Así interpreto, mi querido Don Joaquín, la evolución cumplida del Dominici honesto de esta página al que hoy «come del sofisma», como diría Alberdi; del acusador de Gómez en 1908 al crítico agresivo de los estudiantes de la Universidad de Caracas que en 1928 insurgimos contra el régimen que aquél encarna y personifica.

Sabe Ud. cómo le quiere y aprecia su amigo,

Rómulo Betancourt

A propósito de nuestro último editorial titulado *La Revolución*, nos escribe un joven militar «que vive en el destierro impaciente, aguardando la hora de combatir por la Libertad: «abundo en sus mismas ideas, pero, ¿no cree Ud. preferible apoyar a Gómez, siempre que nos garantice la evolución contra el castrismo, a las emergencias de la guerra y a la impotencia en que yace la Revolución desde hace cinco años? ¿No podríamos, si Gómez se negase a cumplir su palabra, derrocarlo luego?»

La integridad moral de la Revolución quedaría disminuida con semejante alianza. El reconocimiento de Gómez como jefe de la Revolución, es poco menos que una traición a la Causa que defendemos. Y si se me obliga a decir el fondo de mis pensamientos, agregaré, que si sólo con Gómez puede llevarse a cabo, preferible sería no efectuarla. La guerra es cosa inicua. Sembrar ruina y desolación, devastar praderas, incendiar bosques, no es tarea de altos espíritus; manchar con sangre hermana el suelo

nativo, crear viudas y huérfanos, no es motivo de alegría ni obra digna de envidia. Es la nobleza del ideal que se defiende lo que santifica y engrandece la guerra. No es la cima del triunfo lo que debe enorgullecer a los héroes, sino la bandera que defienden. El error no es padre del vituperio, la derrota no engendra vergüenza cuando se lucha por una noble Causa; pero llevar conscientemente al poder a un hombre a quien todos conocemos por su insaciable sed de oro, por ser el primer traficante «restaurador», por carecer de talento y de virtudes públicas, y vivir en el ejemplo de la tiranía, de la cual fué siempre el principal baluarte, y bajo los atavismos de su raza, es crimen de lesa patria.

Que el país se engañase con Castro no es extraño: la historia de sus crímenes no había traspasado la frontera del

Estado de los Andes, e ignorábanse sus hazañas de arrabal y sus vicios de suburbio; el lupanar de aquella alma era para todos desconocido, aquel monstruo poseía el prestigio del anonimato. ¿Pero engañarnos con Juan Vicente Gómez? No es que yo le compare con Castro. Este hombre ha llevado la vileza a insuperables abismos, su pequeñez moral y física no tiene igual, ni Venezuela puede llegar en ninguna época a mayor abyección; pero Gómez es la continuación de la *Restauración*, con todas sus calamidades, agravadas por el régimen selvático o asesinato a mano armada, o si preferís, de bandolerismo andino en todo su esplendor.

Quizás no se haya encontrado nunca vice-presidente más próximo a reinar —el aniquilamiento progresivo del infame tiranuelo no le concede muchos días de vida— y esto rodea de algún mérito la franqueza con que respondemos al compañero «impaciente», que desde tierra americana nos interroga.

Podemos dividir el partido de Gómez en tres grupos: sus amigos personales, que ven en él al repartidor de diezmos y primicias, la ínfima minoría de los que entre dos males—Castro y Gómez—prefieren el menor; y la inmensa mayoría que ve en el vice-presidente al heredero del trono, y le considera legítimo, porque posee los fusiles y cañones de que carece la Revolución; todos obedecen a la ley del menor esfuerzo, y, con rarísimas excepciones, posponen el interés nacional al propio interés y la suerte de la República al propio bienestar. Los pocos hombres honorables que figuran en esos grupos se encontrarán sumergidos bajo la onda corruptora—Juan V. Gómez ha probado en el segundo cargo que no es digno de ocupar el primer sitio. Ha vivido de hinojos ante su amo, ha sancionado todas las infamias, y en las dos ocasiones que el pueblo volvió a él la vista en busca de un libertador, el amigo del sátrapa probó que sus principios e ideales se cifraban en negocios y monopolios onerosos, y que acumular riquezas era más oportuno que romper cadenas de esclavitud, La Naturaleza no dió alas al sapo ni ancha frente al alacrán, y el vice-presidente puede afirmar que en materia de vuelos solo conoce el del cuervo.

Otra cepa de hombres, otra suerte de gentes quiere el pueblo; fatigado está de esa turba sin honor, sin hogar, sin virtud, que ha implantado la tiranía y el régimen de asesinatos y despojos; de la horda soldadesca que ha conquistado la ciudad para sembrar crímenes y apoderarse de riquezas ajenas. Otra talla debe poseer el jefe futuro de la Nación, otro corazón, otra educación y otro cerebro, porque la tarea que ha de incumbirle es tarea gigantesca: purificar el ambiente, civilizar las multitudes, reconstruir la República.

Pedro César Dominici

(Revista *Venezuela*. París. Enero, 1908.)

Un haz de naciones americanas

=De A B C. Madrid=

...Como todos los hombres geniales Bolívar tuvo intuiciones y propósitos, que después, al querer realizarlos, no pudo conducirlos al éxito. Por un momento imaginó un plan de magníficas proporciones: fué cuando la suerte de las armas le condujo a la final victoria y contempló a las naciones de América libres y dueñas de sus destinos. Numerosas nacionalidades acababan de surgir a la vida. Pero en el entusiasmo declamatorio de aquellas horas conmovidas, pronto se vió que las nuevas naciones, nacidas de los viejos Virreinos y Capitanías generales, adolecían de un mal esencial: les faltaba el orden, el sistema y el sentido básico de la autoridad española, y, tan pronto como se pusieron a disponer libremente de sus destinos, se precipitaron en la guerra civil, en los pronunciamientos y en el despotismo.

Esto lo vió pronto Bolívar, y comprendió además que semejante situación viciosa se prolongaría indefinidamente. Al mismo tiempo asistía al desarrollo de los Estados Unidos y a la formación de un fuerte espíritu ambicioso y expansivo en ese pujante pueblo. Mientras la fuerza coherente constituida por el imperio español se deshacía en múltiples naciones anárquicas, en el Norte, al contrario, las antiguas provincias inglesas formaban un conjunto orientado en una dirección única. Entonces Bolívar imaginó una unión de las nacionalidades españolas de América en un haz consciente y voluntario que pudiera hacer frente a todas las eventualidades, ya viniesen de Europa o ya de los Estados Unidos. Era como reducir a la inutilidad la doctrina de Monroe. Equivalía a arrebatarle a Norteamérica la disculpa de su capcioso derecho de protección hacia todo el Continente. Simón Bolívar proyectaba en grande; pero el destino le obligaba a actuar con elementos pequeños. Fracasó. La Gran Colombia, obra de su talento político, en seguida se desmenuzó en tres naciones ariscas, igualmente entregadas a sus pasiones y miserias locales. Y todo el imperio español de América quedó convertido en una dramática porfía de

localismos, de provincialismos orgullosos, débiles y desesperados.

Para la realización de ese sueño de Bolívar faltaba, sin duda, el órgano necesario. Hubiera sido preciso un centro político vital, capaz de sobreponerse al resto de los pueblos americanos por su fuerza económica, por su cultura y por su densidad de población. Al contrario, Bolívar tuvo que actuar en Venezuela, que es uno de los países más pobres y despoblados, y donde la guerra civil y el caudillaje adquirieron mayor furia. Se le ha tildado a Bolívar de soñador, como hombre que, por exceso de impetu mental, se escapa del círculo de las realidades. Pero lo cierto es que, después de un siglo largo, la América de origen español se encuentra ante el mismo problema que llenó de angustia los últimos momentos de la vida de Bolívar. Frente a una nación extraordinariamente poderosa, rica en todos los recursos imaginables, como es la América anglosajona, los pueblos hispanoamericanos se presentan divididos como el primer día, débiles en armas y en dinero y sin haber logrado en muchos casos superar el instinto de revolución y caudillaje con que surgieron a la vida de independencia. Con esto no hacen sino facilitar la tarea de Norteamérica, que puede así caer de uno en uno y en el instante preciso sobre los Estados predestinados.

Lo mismo que en el tiempo de Bolívar, hoy falta también en la América española el centro político vital capaz de una acción preponderante y unificadora. En el Río de la Plata es verdad que se

está formando un órgano de cultura muy importante: Buenos Aires ya es ahora mismo una urbe por todos sentidos poderosa, y la Argentina adquiere cada día un rango más destacado entre las naciones. Sin embargo, para llegar a erigirse en la cabeza de un movimiento panhispanoamericano carece la Argentina, al parecer, de ciertas cualidades. No posee muy desarrollado un hondo espíritu americanista, y su amor por los otros pueblos del mismo idioma es bastante tibio; los considera acaso demasiado inferiores, demasiado llenos de población mulata y mestiza, olvidando que en las provincias argentinas del interior quedan considerables restos de sangre india entre la masa civilizada de la población. Asimismo, le falta a la Argentina un punto de ambición imperialista, que para este caso sería indispensable. Tal vez el temple del pueblo chileno se presenta como el más adecuado, por su dureza, su disciplina, su hábito de vencer y su energía un tanto prusiana: pero la Naturaleza, que ha concedido a Chile muchas virtudes, lo ha condenado a vivir en un estrecho y apartado territorio, donde no es presumible que puedan formarse grandes e influyentes núcleos urbanos ni una preponderancia económica y cultural que atraiga y someta a las demás naciones hispanoamericanas.

El sueño de Simón Bolívar permanece, pues, tan irrealizado como al momento de ser concebido. ¿Porque es, en realidad irrealizable? Bastante más quimérico y difícil tiene que parecer el proyecto de los Estados Unidos de Europa, y ya estamos presenciando con qué ardor algunas personas de gran responsabilidad han acogido la idea y prosiguen los trabajos para ponerla en práctica. El ejemplo de los Estados Unidos de la América del Norte ha hecho comprender que la eficacia, el éxito y el predominio se inclinan hoy del lado de las grandes concentraciones políticas. La cultura y la economía buscan decididamente el camino del imperialismo, y ya no es posible la aspiración minúscula a vivir cada cual su vida. Cada día resulta peor negocio el ser pequeño y el vivir a solas y al margen.

Las Repúblicas americanas de lengua española se han dejado acariciar demasiado tiempo por ese ensueño de la vida aparte, aunque fuera una vida minúscula, y en la mayoría de los casos tormentosa. Para una concentración positiva no tendrían que vencer los ingentes obstáculos que dificultan la formación de los Estados Unidos de Europa. Los pueblos americanos de origen español, no obstante las diferencias de clima y las distancias, son más hermanos de lo que en los discursos de confraternidad suele decirse. Son más parecidos de lo que ellos mismos se figuran, y su agrupación en un haz (dejando a salvo, naturalmente la personalidad de cada uno) no sería otra cosa que una reintegración y un acto tan lógico como justo. Pero que aparezca pronto el genio que mueva y practique la idea, porque los sucesos van muy aprisa.

José M^a. Salaverría

LIBRERÍA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositario del *Repertorio Americano*.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS

ESTRELLA, LAGER, SELECTA,
DOBLE,
PILSENER Y SENCILLA.

FABRICA:

REFRESCOS

KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.

SIROPES

GOMA, LIMÓN, NARANJA,
DURAZNO, MENTA,
FRAMBUESA, ETC.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

A la muerte de Andrenio

(Viene de la página 104)

muestra una simpatía evidente. Mas la ve como en formación, «en nebulosa», llega a decir. Le echa en cara cierta falta de sentido de la composición y complejidad estructural. «La química de esta poesía, apenas ha salido de los cuerpos simples» — anota, a propósito de la de Guillén. No se entrega Baquero: permanece también a la defensiva; pero no ciego a determinados vislumbres. al resplandor de esas imágenes que «danzan como los corpúsculos en el rayo de luz».

Sus estudios principales, a más de ciertas exposiciones de conjunto que han de ser utilísimas para la comprensión de nuestra literatura viva, son los consagrados al arte de novelas. Coinciden los comienzos críticos de Gómez de Baquero con el predominio de la novela que marca el último tercio del siglo XIX, y que se continúa en los hombres cuya labor

literaria se afirma en los primeros decenios del actual. Si Baquero hubiera sido otra cosa que crítico, no le imaginemos poeta en verso ni dramático, pese a la sagacidad de algunos diálogos en que comenta los tópicos del tiempo. Novelista sí que pudo serlo, y en cierto modo lo fué, en esos comentarios mismos que asunían forma e interés de cuentos. Más todo lo que le acerca a la creación narrativa carece de la importancia que esa misma narración concede al fondo moral, al estudio de costumbres, a la crítica, en suma.

Supo vestir sus ideas de un modo fluido y elegante, con finos hallazgos de expresión; darles ese tono y ademán persuasivos que cuantos conocieron al hombre identificaban con su persona misma. Era como su estilo: amable, recto, inteligente.

Enrique Díez-Canedo

Tablero = 1930 =

Una luz que se apaga.— La extinción de la revista *Universidad*—que no podemos aceptar sino como pasajera—significa la ausencia de un gran pensamiento directivo dentro de las falanges juveniles que hoy tratan de afirmar su personalidad en el escenario de la Colombia nueva.

Universidad ha sido una revista de ideas superior al medio en que le ha tocado florecer y languidecer. Para haber hecho la bella campaña que, a favor de la cultura y de la civilización, ha hecho Germán Arciniegas desde las páginas móviles de su semanario, era preciso una voluntad como la suya, que hace recordar el tesón milagroso de la hormiga. Se ha dicho de Germán Arciniegas que es, ante todo y por sobre todo, un animador. Efectivamente pocos espíritus como el suyo tan capacitado para la vibración y para el dinamismo. En vez de acaparar fórmulas y sensaciones, como cualquier diletante, no ha hecho otra cosa que poner en circulación activa todos los tesoros que su sensibilidad y su talento han sabido encontrar dentro del vasto mundo en que se agitan. Los más arriesgados e interesantes plebiscitos de política y de arte se han gestionado en Colombia desde las esferas directivas de *Universidad*. Separado virtual y formalmente de todo directorio o comité político, el semanario de Arciniegas no ha dejado de ser en todo tiempo la guerrilla irlandesa que desplegada por estratégicas colinas, mantenía encendido su vivac contra las ignominias del régimen administrativo que posterga al país.

Contra la rusticidad y la superstición, contra el totemismo social y político, contra el tropicalismo literario, *Universidad* libró largas batallas. Por haber sido el órgano de una élite mental, que está a muy larga distancia de la cultura media de la población colombiana, aquellas páginas no pudieron ser populares ni interesar al grueso público.

Había un alto deber social por cumplir con la revista de Germán Arciniegas. No puede decirse aun cuando aparezca que ella sucumbe por obra de una vasta crisis económica. La

crisis que hoy hiere esa auténtica fundación de cultura que era *Universidad* es una crisis de otro orden: es la falta de solidaridad entre los elementos directivos, es la pereza de las clases medias para darse cierta toilette mental.

En los momentos en que los «bárbaros blancos» organizan sus fiestas y sus propagandas sociales, la extinción de *Universidad* tiene la significación precisa de una luz que se apaga.

(El Tiempo, Bogotá)

Universidad, la admirable revista de juventud que alienta la inteligencia generosa de Germán Arciniegas, suspenderá labores dentro de pocos días.

Es ésta una mala noticia para cuantos se preocupan verdaderamente por las faenas del espíritu. Porque *Universidad* ha realizado entre nosotros una obra de vastas proyecciones culturales y ha sido siempre un vehículo para la difusión intelectual. Sus páginas han estado abiertas en todo tiempo a los representantes de las diversas generaciones colombianas, listas para las grandes campañas en defensa del patrimonio moral de la república y de las libertades ciudadanas.

En un medio desconfiado y escéptico como el nuestro, Germán Arciniegas representa el

DR. HERDOCIA
Enfermedades de los ojos,
oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Contiguo al Teatro Variedades

Imprenta Alsina (Sauter Arias & Co.) San José, C. R.

tipo inconfundible del animador. Agitador de nobles ideales, propulsor de toda empresa generosa, ha consagrado los mejores días de su juventud a la propaganda de altos anhelos espirituales.

Como director de *Ediciones Colombia*, dió a conocer del público leyente muchas de las mejores obras de la literatura nacional de estos tiempos. Y últimamente ha venido desarrollando desde las páginas de *Universidad* una labor que dejará hondo surco en la conciencia de la república.

La suspensión de la revista de Germán Arciniegas es una calamidad espiritual que nosotros somos los primeros en lamentar muy de veras.

Queremos imaginarnos que la suspensión de labores será momentánea y que muy pronto tendremos de nuevo a la gran publicación en el puesto de lucha que tan gallardamente ha conquistado.

(El Espectador, Bogotá)

Aviso de Universidad

La dirección de la revista *Universidad* avisa que se ha visto obligada a suspender indefinidamente su publicación, por motivos que fueron superiores a la buena voluntad que se puso en vencerlos.

Para publicar las contestaciones a la encuesta sobre la orientación filosófica en Hispano-América, promovida por el Dr. Luis López de Mesa, la revista editará un número especial y único de fin de año, una vez que se complete todo el material solicitado para este efecto.

La dirección agradece vivamente a quienes la apoyaron con su amistad.

Otoño

martes 19

miércoles 20

21

22

se va deshojando el calendario

c/ Kmt. de tiempo

borra un grado más en el termómetro

los árboles estoicos

desdeñan la esperanza

a la bandera del viento

las hojas secas

corren de la mano

de los chicos de escuela

y una vez que han cruzado

no me preocupo de ellas

En las bocas

el vaho niño

delata las palabras

y el 23

24

25 y +

son días con piel

para el invierno.

Fernando A. Quirós M.

Bonn a/ Rhein. Nov. 1929.

La Pluma

Revista mensual
de Ciencia, Artes y Letras

Director: ALBERTO ZUM FELDE

Editores: ORSINI BERTANI & Cía. Montevideo

Precio del ejemplar: 0.40 oro

Redacción, Administración:

ROQUE GRASERAS 662.